



HISTORIAS Y ROSTROS

DE MIGRANTES



Dignidad y Misericordia para los más Necesitados
INSTITUCIÓN NORMATIVA DE LOS INDIGENTES, A.C.



PRODUCE⁺
CON CAUSA

HISTORIAS Y ROSTROS DE MIGRANTES

© Promoción de Paz

© Casa INDI

© Alejandro Pujol

© Produce con Causa

Inspirador de Proyecto | Padre Felipe de Jesús Sánchez

Dirección de Proyecto | María del Consuelo Bañuelos Lozano

Fotógrafo | Alejandro Pujol

Director de Fotografía | Cristhian Blancas

Edición fotográfica | Mayela Quintanilla

Asistente de fotografía | Melanie Jacobo

Asistente general | Asael Herrera

Entrevistas | Melly Fraustro y Rodolfo García

Redacción y Edición de contenidos | Claudia Lozano

Cuidado de la Edición | Casa de Edición

Dirección de Arte y Diseño | Gerardo Rivas

IMPRESO EN MÉXICO

Primera Edición 300 ejemplares.

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos los electrónicos.



**HISTORIAS
Y ROSTROS
DE MIGRANTES**

ÍNDICE

Los migrantes son el rostro de Cristo	9
Los N.N.	11
Casa INDI, el lugar de las bienaventuranzas	13
“Vamos a tratar de ayudar a las personas”	17
“Por ellas voy acá en esta lucha”	19
Sendero de dolor	21
Salir del encierro y volver a cruzar la frontera	25
“Buscar una mejor oportunidad de vida”	27
En Casa INDI hay personas de buen corazón	28
“Me voy a arriesgar a ir yo solo, sin guía ni nada”	29
“La esperanza de uno, es salir del país”	31
“Aquí los mexicanos son bien machín”	35
“Nunca debes perder la alegría”	36
Viaja con Dios	37
Su sueño: regresar a comprar una casa	39
Viajo con mi familia	39
Va de regreso a Bolivia	43
“Mi objetivo era llegar a Monterrey”	43
“Ser una persona de bien”	45
Es el cuarto intento por cruzar la frontera	45
Quiere hacerle una casa a su madre	47
Es un camino muy difícil	47
Soy un hombre de fe	49
Sus metas: cruzar la frontera y regresar a México	51
Buscan juntos una vida mejor	53
Quiere vivir en Monterrey y atender a su hijo	54

Desea ser sostén de su familia	55
Un pastor en el viacrucis del migrante	57
Cruzar para preservar su vida	57
Su anhelo: llegar a Texas	59
Estar con los maras fue un error	59
Llegó de Cuba a su destino: México	61
Perdió todo, pero llegó a su destino	65
Va por su sexto intento por llegar a Estados Unidos	66
Quieren una vida tranquila en Monterrey	67
Días de alivio e ilusión	69
Cuenta con el apoyo de su familia	71
“En mi país hay mucha pobreza”	73
El gran viacrucis: la distancia	75
Huir para ser mejor	77
Al borde del peligro	79
Por una deuda	81
Una vida bajo amenaza	83
Quiero sacar adelante a mis seres queridos	85
Dueño de nada, en busca de todo	87
Dos futuros	89
“Tener salud es como estar en casa”	90
Sufre persecución política	91
Sueña con llegar a Houston	93
En busca de una mejor vida	95
Salió de su país en busca de una mejor vida	96
Va por su tercer intento	97
“Casa INDI es como el cielo”	99



Los migrantes son el rostro de Cristo

Padre Felipe de Jesús Sánchez Gallegos
Fundador y Director de Casa INDI

Aquí todos pueden venir a comer. Esta es la primera cosa que puedo decirles sobre la razón de ser de CASA INDI y de la misión que me encomendó el Sr. Arzobispo Rogelio Cabrera a mi regreso de las misiones en la sierra de Durango. Para la Iglesia, desde hace mucho, su tarea no sólo es predicar la palabra de Dios, sino hacerla vida en las obras de caridad y en la lucha por un mundo más fraterno y justo.

Les podría contar muchas anécdotas de este lugar bendito, por decirles una que tengo presente ahora: el año pasado, el mero día de la fiesta patronal, en la misa pedí por un chavo cubano que se fue a Miami, muy buena gente; resulta que escuchó la misa desde aquella ciudad porque se transmitió en línea y llamó para agradecerme que dije su nombre, se llama Yoenis; pedimos por él y se sintió tan contento que se contactó para agradecer lo que esta casa hizo por él y sigue haciendo por otros.

En otra ocasión pude recoger el sentir de un señor que nos dio un donativo, él como muchos de nuestros donantes ven en el migrante el rostro de Jesús, ese Cristo que nos narra la biblia en el evangelio de Mateo; llorando me repetía esa cita bíblica: “tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era forastero y me hospedaron”; me recordaba que hay que ayudar siempre y que todos podemos ofrecer algo aunque no tengamos dinero: una sonrisa, una oración, un abrazo, una buena actitud; en Casa INDI podemos encontrar a Dios y al mismo tiempo aliviar el dolor o el sufrimiento de los hermanos que migran.

Tengo en el corazón la guía e invitación que nos ha planteado el Papa Francisco para encarar la realidad que vivimos en torno a las migraciones y que hemos resumido en cuatro verbos que son metas para nosotros: acoger, proteger, promover e integrar a las personas migrantes. Se trata de un cambio de perspectiva frente a las migraciones a la que el Papa nos ha invitado desde el inicio de su pontificado y que se concreta en actitudes y comportamientos que buscan promover una cultura del encuentro para sustituir la cultura del rechazo o la hostilidad de unos con otros.

En esta casa hemos visto muchas historias que nos gustaría compartir, unas son difíciles por lo que han vivido nuestros hermanos y hermanas migrantes, pero también hay historias muy bellas de cariño, de familia, de lucha, de compañerismo; yo quisiera que mucha gente las pueda conocer, pueda tocar la historia de su vida y solidarizarse con lo que viven. Deseo que escuchar y leer estas historias sea una herramienta de sensibilización y nos mueva a la solidaridad con ellos que son nuestros hermanos y hermanas.

A la Iglesia y a la sociedad les diría primero que nada que muchas gracias, gracias a ustedes esta obra es posible; además les quisiera insistir en que no tengamos miedo de abrir las puertas a las personas migrantes, porque Cristo fue migrante, porque muchos al recibir al forastero hospedaron ángeles, porque el ser humano es migrante por naturaleza; todos podemos hacer algo, esta obra es de todos y por eso quiero que conozcan las historias de ellos, de sus familias, de sus trayectos y todo lo que han tenido que pasar para llegar a este punto.

También agradezco a Consuelo y a su equipo, a todos los que han hecho posible recoger estas historias que hoy ponemos en sus manos agradecidos y llenos de esperanza en que nos podamos comprometer más con estas causas, con la hospitalidad, la solidaridad y la fraternidad como actitudes imprescindibles para nuestra querida ciudad de Monterrey. Que Dios los bendiga a cada paso y los acompañe siempre.



Los N.N.

Rodolfo A. García Martínez

Sociólogo y educador para la paz

Nomen nescio, es una expresión latina que literalmente significa: “desconozco el nombre”, algunos lo traducen simplemente como “no nombre”, se utiliza para hacer referencia a las personas de las que no se tiene ningún dato, como muchas de las personas migrantes que van de paso sin papeles al vecino país del Norte. Del fenómeno migratorio en México tenemos datos más o menos claros que nos hablan de la realidad que vivimos, pero hay también muchas cosas que no se dicen, se saben pero no se cuentan, quizá porque no sea políticamente correcto o quizá porque, indiferentes, preferimos no ver y no enterarnos para seguir nuestra vida cotidiana como si nada pasara, pero pasa.

Las historias de la gente que migra nos descubren un pedacito de nuestra historia como país, nos revelan la violencia que asesina y desaparece a nuestra gente, la impunidad y la corrupción con la que convivimos a diario, nos grita la desigualdad que nos cierra posibilidades, el oportunismo con el que abusamos del que se deje y las bien establecidas leyes culturales: esa del más fuerte y aquella otra de Herodes que nos rondan y rigen muchas veces nuestro modo de convivir en el otro. No es que quiera hablar mal de mi país, también están su solidaridad, su religiosidad compasiva y la gente buena que da más de lo que tiene y “se quita el pan de la boca” para compartirlo con aquellos que caminan a un destino que esperan sea mejor. Todo ese México se descubre en las historias que ahora presentamos y ellas nos ponen también de frente al tipo de sociedad que hemos sido y al tipo de sociedad que queremos ser, o dejar de ser.

Ellos y ellas, con sus niños y niñas caminando sin calzado por nuestras vías de tren, protegiéndose de la lluvia en los quioscos de nuestras plazas, pidiendo una moneda en nuestros cruceros para comer o buscando información en oficinas que no comprenden su lengua... ellos y ellas a quienes nuestras policías y grupos delictivos robaron no sólo sus bienes sino sus identidades, a quienes mandamos retirar de sus nuestros lugares públicos para que no se vea feo el panorama y de quienes nuestras autoridades se desentienden... ellos y ellas con sus historias, nos narran la ciudad que somos: una sociedad que al mismo tiempo discrimina y se solidariza, que a la vez rechaza y acoge, que les da la bienvenida al mismo tiempo que les maltrata por prejuicios, no porque sean migrantes, sino porque son pobres... Ellos y ellas nos cuentan su historia al mismo tiempo que describen nuestro país y los suyos, sus violencias y las nuestras, sus oportunidades y las nuestras... ellos y ellas sin pretenderlo nos cuestionan también sobre el ser humano que podemos ser tu y yo y del lado del que queremos formar parte en esta sociedad.

Presentamos estas historias con el deseo de que ellas abran nuestro corazón a la solidaridad, al compromiso con las personas migrantes y con nosotros mismos; deseamos que todos: sociedad, iglesias y gobiernos salgamos de la indiferencia y sumemos esfuerzos para la defensa de sus derechos y promoción de su dignidad. Como equipo queremos promover una cultura del encuentro y una cultura de paz para que todos los que hoy corren el riesgo de ser considerados N.N. sean pronto incluidos y reconocidos como iguales en la sociedad regia.



Casa INDI, el lugar de las bienaventuranzas

Consuelo Bañuelos
Fundadora de Promoción de Paz

Cuando tenía como diez años viajé con mi abuela de su natal Piedras Negras, Coahuila a Monterrey en autobús, yo iba pegada a la ventana y mi abuela junto al pasillo, del otro lado del pasillo en la misma fila, iba sentado un señor que de vez en cuando le decía alguna que otra palabra a mi abuela. Ella siempre amable respondía a lo que el señor le preguntaba, yo con el oído agudo de niña de 10 años, escuchaba todo.

“Señora, ya no aguanto el sueño, ¿me puedo dormir y usted me puede cuidar?” dijo el señor, la frase se me hizo por supuesto un disparate, pero mi abuela con la paz que la caracterizaba le respondió: “no se preocupe, yo lo cuido”.

Llegando a nuestra casa, que era el destino final de nuestro viaje, supe lo que había sucedido: el señor que venía en el mismo autobús que nosotras había estado trabajando mucho tiempo en Estados Unidos y traía entre su ropa escondidos los dólares que había ganado (en aquel entonces no había remesas, ni instituciones para hacer depósitos, así que debía traerse los billetes guardados en él mismo) temía que al quedarse dormido lo robaran y el sacrificio de haberse ido a trabajar a Estados Unidos pudiera quedar en nada.

Desde ese entonces he sabido que las personas se van a Estados Unidos es porque quieren tener un poco más de ingresos, porque quieren salir de la pobreza. Muchos años más tarde conocí en el Secretariado de Pastoral Social de la Arquidiócesis de Monterrey al Padre Pedro Pantoja, él tenía un albergue en Saltillo, me dijo que ahí llegaban las personas que venían de Centroamérica y que querían cruzar a Estados Unidos. Me contó de todos los embates por los que pasaban esos hombres y esas mujeres.

Luego supe que el Padre Luis Eduardo Villarreal tenía una casa para que llegaran las personas migrantes que venían de otros países y tuvieran un respiro, sabiendo la trayectoria de respeto y defensa de los derechos humanos de mi querido amigo, comencé a darme cuenta del enorme sufrimiento que vive una persona que sale de su país y pretende llegar a otro sin documentos oficiales.

Vi el documental titulado “DE NADIE” que narra la vida de una mujer que había salido de Centroamérica para ir a Estados Unidos. María, la protagonista fue violada, ultrajada, asaltada, golpeada en el cuerpo y alma y fue así como comencé a poner mucha más atención a las necesidades que tienen las personas migrantes

Fui a la Patrona Veracruz donde mujeres le dan de comer a quienes van viajando arriba de un tren intentando llegar a su destino. Conocí luego al Padre Luis Eduardo Zavala y se fueron sumando las oportunidades de conocer de cerca las necesidades que tienen quienes por violencia y pobreza salen de sus países de origen en busca de una vida más digna.

Tengo muchos años trabajando con grupos que viven en condiciones de vulnerabilidad extrema, las vivencias de tantos años conociendo personas con necesidades extremas me hacen seguir en la búsqueda de intentar aportar un poquito a la construcción de una sociedad más justa y en paz. Justo esto justamente me llevó a conocer al Padre Felipe Sánchez quien ha sido para mí un regalo de Dios. La Casa INDI que él fundó es una



Arriba (izq. a der.) Cristhian Blancas, Melanie Jacobo, Claudia Jiménez, Susana Cabrera, Consuelo Bañuelos, Consuelo Sánchez, Asael Herrera.

Abajo (izq. a der.) Rodolfo García, Padre Felipe de Jesús Sánchez, Alejandro Pujol.

casa que además de albergar a las personas que van de paso por esta ciudad para llegar a Estados Unidos, es una casa para todas las personas que no tienen casa, es un lugar abierto para todos, para todas, también para mí. Quienes llegan a diario tienen comida, cama y una mano amiga que les dará una palmada en el hombro dándoles la bienvenida.

Es la extrema muestra de la tan anhelada inclusión.

Las historias que contamos en este libro son historias de personas que estaban esos días que visitamos la casa. La misma calidez con la que cuentan cómo fueron tratados quienes fueron entrevistados, es la misma que contarían quienes estuvieron hace un año o sobre la que estarán contando dentro de dos años quienes estén en la casa. Todas las bienaventuranzas se viven en un mismo lugar, así lo creo, así lo siento, voy a Casa INDI y me brinca el alma y espero que ustedes sientan lo mismo al leer estas historias.



“Vamos a tratar de ayudar a las personas”

Luis Octavio nació en Honduras, pero cuenta que llegó con sus padres a Estados Unidos a los cuatro meses. Dice que allá tiene a sus hijos, propiedades, carros y un taller mecánico.

Él llegó a Casa INDI después de un accidente automovilístico en el que sufrió una fractura de cadera que lo dejó postrado por largo tiempo. Ahora tiene 62 años y su recuperación, aunque ha sido lenta, suena complicada: sus huesos no tienen la capacidad de soldar como antaño.

Ahí ha pasado su convalecencia y ahora que ya usa bastón, parece que por fin, en un tiempo breve podría resolver la liquidación del seguro, después de obtener su pasaporte mexicano.

Luis Octavio recuerda que hace ocho años fue a Honduras para estar presente en la repartición de la herencia de sus padres. Aunque allá estuvo en el ejército 9 años dice que no puede volver porque tiene un hermano en el ejército y un sobrino aliado de los mareros -como llama a los mara salvatrucha- esas pandillas que infunden terror y violencia.

En sus palabras, narra: “hace como unos ocho años, yo fui a Honduras, vivía en la casa de mi hermano, un día en la mañana yo vi a alguien que estaba parado enfrente de la casa cruzando la calle, y luego cuando abrí la puerta, miré que sacó una pistola, una 9 milímetros. Entonces cerré la puerta y ya no salí”. Después llamó a su hermano quien le dijo: “mira...no salgas a la calle, ni andes diciendo que eres hermano mío porque conmigo no pueden, pero por hacerme daño a mí, te pueden hacer algo a ti, porque saben que eres mi hermano”.

A Luis Octavio lo atendieron aquí en Monterrey, en el Hospital Universitario, cuando el doctor lo iba a dar de alta se dio cuenta que no tenía dónde quedarse y le llamó al Padre Felipe, quien le dijo que me trajeran acá, “cuando vine aquí a casa INDI el padre me estaba esperando en el portón, me dio bienvenido a casa INDI”.

Para él, el acompañamiento del Padre Felipe ha sido vital, pues no solo le ha ofrecido cuidados y un techo, sino que además, lo ha acompañado en los trámites legales derivados del accidente automovilístico para poder obtener el pago de la aseguradora.

Aquí en Casa INDI “me han tratado bien, el padre por ejemplo de una manera excelente es la palabra que puedo usar porque el padre es una persona muy bondadosa, noble, nos ayuda a todos de lo que él puede ayudarlo verdad, con trámites legales, abogados, él paga abogados, nos da alimentación, ropa, techo para vivir, es una gran persona, yo le digo que es un siervo de Dios al servicio de la humanidad”.

Aunque Luis Octavio quiere regresar a Estados Unidos piensa apoyar a compañeros y compañeras que ha conocido en Casa INDI, “vamos a tratar de ayudar a las personas y ellas me ayudan a mí, yo las ayudo a ellas”, relata.



“Por ellas voy acá en esta lucha”

Santos Martín es originario de Honduras donde nació hace 47 años, ahí se dedicaba a trabajar en el campo, en la cosecha de la palma africana. Para él, la familia es muy importante y sabe que lo esperan su esposa y sus tres hijas.

Es oriundo de Trujillo, la capital del departamento de Colón, tierra que heredó el nombre después de que el conquistador pisara por primera vez, en tierra firme.

Santos se vio forzado a salir de Honduras porque hay un grave problema con las tierras en las que trabajaba y cuenta que allá, los terratenientes se apropian los terrenos: “ellos meten sus sicarios y amenazan con que si uno no sale de ahí van a quitarle la vida, entonces no hay cómo, por eso salí del país, porque no hay cómo salir adelante”.

“Hay miedo, mucho miedo, porque hay gente muy armada y el gobierno no hace nada, el gobierno está a favor de ellos. Por un dinero se venden las autoridades, sí, a cambio de un dinero que ellos les dan”, cuenta sobre los habitantes, los que saben que no hay respuesta a sus necesidades.

Santos entró a México por el estado de Chiapas, y lo ha atravesado caminando, en combi, en tren, en todos los medios posibles. Y sabe, porque lo ha vivido: “México le echa la mano a uno, con albergues, comida y hasta dinero me han regalado, entonces México es un país hermano y nos ha apoyado mucho, nos sigue apoyando, nos sentimos agradecidos por esto”.

Está convencido de que quiere darle a su familia: “Por ellas voy acá en esta lucha, a ver si puedo llegar al otro lado, para darles una mejor vida, un mejor futuro”. Sueña con construirles una casa de concreto, en la que se sientan seguras, pues en la que viven ahora tiene paredes de tierra y techo de hoja.

Su objetivo es llegar a Memphis, Tennessee, al Sur de Estados Unidos, donde lo espera un hermano con el que trabajará en la construcción. Allá tiene 3 hermanos mientras que otros 4 siguen en Honduras. Sabe que al llegar a su destino tendrá que adaptarse a “nuevos sistemas”, como dice él y a la barrera del idioma, sabe que tendrá que aprender inglés, “lo básico”, dice él.

Por lo pronto, Santos sabe que en Casa INDI tiene cobijo y la forma de pasar los días, y asegura: “aquí a la hora que hay hambre, está la comida, dan ropa, le dan abrigo, verdad, aquí le tienden la mano, como es”.



Sendero de dolor

Roney debió salir de su natal Honduras ante la amenaza de la Pandilla 18 de que lo iban a asesinar. Todo empezó porque los delincuentes querían apoderarse de su casa y él los corrió, lo que llevó a que gente armada lo amenazara.

“Tenía 20 minutos para salir de ahí”, cuenta el hombre, quien se dedicaba a la construcción. “Sólo agarré mi mochila, mi esposa se tuvo que ir con la mamá de ella para el sur, yo me vine para acá con 100 lempiras caminando desde mi país, llegué a México, pedí mi asilo en Villahermosa, pero me metieron a un lugar donde estuve preso y me dieron una comida que ningún perro hubiera comido, entonces ya no quise salir a pedir los papeles a México, me trataron peor que en mi país, entonces me fui para Cancún a trabajar.

“Regresé ahorita en mayo otra vez para Palenque, intenté venirme para Estados Unidos me agarró migración en Orizaba hace como un mes, me deportaron para mi país Honduras y ahorita vuelvo a estar acá y todo eso ha sido mi situación desde el año pasado. He andado en México huyendo”.

Padre de dos niños y cuatro de crianza, Roney no puede volver a su país por la amenaza de muerte, de ahí que persista en el camino hacia Estados Unidos. Ni tampoco puede estar demasiado tiempo en México.

“No estoy fuera de peligro porque aquí también hay bastantes hondureños que vienen, no vienen huyendo, sino que vienen buscando a los que vienen huyendo, porque aquí también hay maras y pandillas. Yo sé que aquí la 13 trabaja bastante y el miedo mío es quedarme en México y que me vengan siguiendo a mi también, por eso en veces me da miedo quedarme ahí peleando papeles, porque qué tal si en ese lugar me encuentran enemigos míos”.

Esta vez, sin embargo, no es la única que Roney ha intentado llegar a Estados Unidos. Ya es la sexta a lo largo de su vida, lo que le ha permitido ver el grado de deterioro en México durante el trayecto: caminos agotadores, robos, abusos sexuales tumultuarios a hombres y mujeres, crímenes, asaltos de la misma policía.

“Tengo un hijo de 4 años que no puede caminar y tal vez aquí me lo puedan ayudar, porque con conflictos lo ayudan a uno, pero no tengo casa, no tengo familia, no me gustaría traer a mi hijo a que sufra también, porque uno sufre, un niño sufre más, una mujer sufre más”.

Sendero del dolor por donde se le vea, la vida de Roney está marcada por el sufrimiento, pero también por la esperanza de una mejor vida.







Salir del encierro y volver a cruzar la frontera

Jorge es mexicano, nació en Ojo Caliente, Zacatecas y a los 14 años cruzó la frontera Norte, por Piedras Negras, Coahuila cruzando por el Valle de Texas hasta llegar a San Antonio con la ayuda de un coyote. Ahí trabajó en la construcción.

Cuenta que pasó 35 años en la cárcel, de los cuales, 26 los pasó sellado, como le llama al aislamiento. Dice que en Estados Unidos cuando cumples la sentencia en la cárcel te mandan a migración y si no tienes papeles, te sacan del país, como le sucedió a él.

Jorge dice que en la frontera se le apareció un hombre que con un arma calibre 38 y entonces le disparó. Por esa causa le dieron 7 años y ya estando encerrado, le dieron 35 por matar a otro hombre del que cuenta, se defendió porque lo querían fregar. También sabe que ese tipo de castigos de aislamiento son muy duros y muchas personas no los aguantan.

Jorge sabe que sus papás murieron en el 91, cuando él estaba encerrado en la cárcel, le quedan aún dos hermanas y un hermano en su tierra natal, dice que no quiere regresar a su tierra sin dinero y por eso se quiere volver a cruzar.

Dice que en casa INDI se siente “pues bien, yo no me quejo, bien. yo como poquito nomás, yo no puedo comer ni cosas dulces porque yo tengo alta presión de la sangre, se me sube la presión, no como azúcar”.

En Casa INDI está esperando pasar unos días, mientras junta dinero para volverse a cruzar. Advierte que sabe cómo hacerlo: “llegas a Nuevo Laredo y cruzas el río, el río ahorita no lleva agua, lleva poquita agua, pero por puente negro pasas por la estructura, de ahí a Laredo Texas y sale un tren hasta San Antonio por ahí, por ahí salgo yo, y por ahí pasa un chingo de gente”.



“Buscar una mejor oportunidad de vida”

Edin Omar llegó a México hace cuatro meses, su objetivo es cruzar la frontera para llegar a Estados Unidos. Nació en Honduras hace 23 años y viaja solo.

Salió de su país porque cuenta quiere “buscar una mejor oportunidad de vida, más seguridad y trabajo, en mi país hay mucha delincuencia” y cuenta que tuvo una experiencia en la que lo quisieron obligar a trabajar con el narcotráfico.

Allá dejó a cinco hermanos y una hermana, a su mamá y a su papá, que están separados. El es el mayor de todos y quiere llegar al país del Norte para ayudar a su familia.

Cuenta que sobre su estancia en México: “no pues, todo bien solo, el detalle es que no tengo apoyo de mi familia, se me ha complicado un poco la situación aquí, por otra parte, no me ha sucedido nada malo, en lo económico aquí andamos un poco mal”. Sabe que sin el apoyo económico sería difícil cruzar la frontera.

Sin embargo, recuerda que en Cuernavaca se topó con un grupo del crimen organizado: “Yo iba así verdad, no traía dinero, llegué a la central, vi a un trailero, le pedí jalón, aventón -como le dicen- y me llevó a la casa de unos amigos de él. Ahí estaba, vendían drogas y armas, se estaban drogando, estaban hablando así entre dos que me querían entregar a mí a un cártel, me dijo que él trabajaba ahí, cuidaba la zona ahí. Faltaba poquito, faltaba como media hora para que oscureciera el sol, ya los miraba más saturados, ya con más ganas de ahorcarme, entonces lo que hice fue salirme pa’ afuera y me fui, estuve ahí unos días, estaban festejando, salí caminando pa’ allá y si era una trampa, supuestamente era una pistola y fui, agarre una combi, había como unas 4 o 5 combis, pero ya me sentía más seguro y ya logre escapar”.

Por esta situación no se quiere quedar en el país. Últimamente no se ha comunicado con su familia porque le robaron su teléfono y se ha dedicado a ayudar en Casa INDI limpiando el comedor.

En otros momentos se ha salido a buscar un car wash en el que pueda trabajar y juntar dinero para poder cruzar con más seguridad, pero no ha logrado encontrar alguno a su paso.

Su plan alternativo sería cruzar la frontera y si llegara a ser descubierto por la migra, entregarse para que lo deportaran. Él cree que una vez que lo deportaran sería más fácil volver a su país, con su familia.

En Casa INDI hay personas de buen corazón

Delmer Rolando viene de Honduras, de donde salió hace 28 días. Allí ha dejado a su esposa, a sus hijos y a su hija.

Sobre la situación que lo ha llevado a salir de su país comenta que en su país pasan pobreza pues solo tiene oportunidad para trabajar durante 6 meses del año, después se quedan sin opciones laborales.

Tiene 37 años, es la primera vez que se dirige hacia Estados Unidos, pero no viene solo, ha llegado con un grupo de primos de los que se ha hecho amigo. Juntos han planeado rentar un cuarto mientras buscan trabajo.

Sabe que necesita juntar dinero para poder cruzar la frontera e internarse en Estados Unidos. Cuenta que allá tiene un tío, pero que aún no le avisa que va hacia allá.

Comenta que el camino de Honduras a México ha sido difícil porque no recibieron ayuda, porque al preguntar qué camino era el indicado para seguir recibían respuestas erróneas, los mandaban para otro lado y también ha sido difícil por la delincuencia que azota al país.

Le robaron su cartera, su identificación, dinero, solo le dejaron el celular porque lo pudo esconder a tiempo. Cree que lo que resta del camino será también difícil pero que tiene fe en que nada malo le sucederá.

Tiene unas horas de haber llegado a Casa INDI pero dice que lo han recibido bien, le han ofrecido agua y comida. Sabe que está en un lugar a salvo porque dice, hay personas de buen corazón.

“Me voy a arriesgar a ir yo solo, sin guía ni nada”

Arnold Pabel tiene 22 años, nació en Honduras. Al momento de la entrevista para este texto apenas tenía unas horas de haber pisado Monterrey, pero 28 días desde que salió de su país natal.

Cuando iba cruzando por el Sur de México sufrió un asalto en el que le quitaron su ropa y dinero, solo logró poner a salvo su teléfono y sus documentos. Se ha mantenido en contacto con su familia, sus tíos ocasionalmente le envían dinero.

Él sabe que en su país es difícil salir adelante y salió en busca de un empleo en Estados Unidos.

Es el más chico de 3 hermanos y necesita sacar adelante a su papá, que está enfermo y a sus hermanos. A inicios de este año 2023 iba con un grupo de indocumentados y un guía, se internaban en territorio estadounidense cuando fueron descubiertos por la policía de migración y deportados a su país. Solo el guía se quedó en México.

Por ahora sabe que en Casa INDI cuenta con un techo, comida y con agua, dice que es lo que necesita.

Ahora va por su segundo intento, aunque dice que esta vez lo enfrentará solo por su cuenta, sin guía.



“La esperanza de uno, es salir del país”

Mirna tiene 37 años y algunas horas de haber llegado a Casa INDI en Monterrey, viene de Honduras, de donde salió hace dos semanas.

Dice que el trayecto hasta acá ha sido difícil, pero que está decepcionada de su país, porque la gente no encuentra trabajo. Los precios de las cosas y de los alimentos en su país, dice que son exagerados, que el gobierno no ha hecho lo suficiente.

Ella ha dejado a sus cuatro hijos a cargo de su abuela: una hija adulta, un hijo adolescente y dos niños.

Al menos no viene sola en el camino, pero dice que tampoco con un grupo numeroso, está acompañada de un vecino del mismo barrio. Ambos han caminado de noche, se han subido a trenes, han llegado a dormir en matorrales, o donde sea necesario, pero cree que al ser solamente dos personas, no los identifican como migrantes.

Cuenta que al llegar a Palenque, en Chiapas, sufrieron extorsión de los policías quienes para permitirles subir a una combi, les pedían entre 200 y 300 quetzales y recalca: “son bien groseros, conociendo la ley en lugar de apoyar, van pidiendo dinero a las personas, eso es una estafa”.

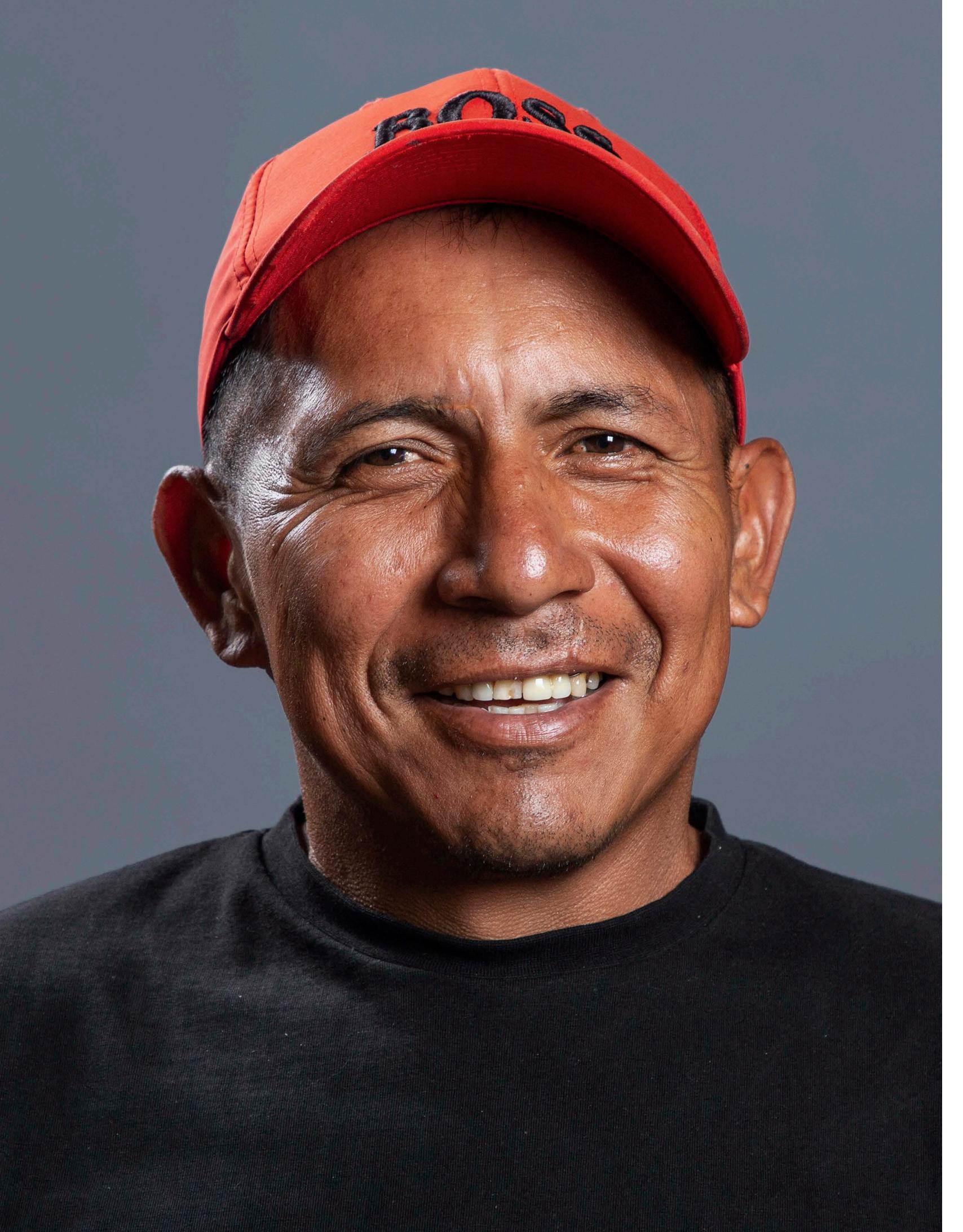
Dice que de no haber cedido a pagar esa cantidad, hubiera tenido que quedarse a la interperie y peligro, pues dice, no es lo mismo quedarse en el pavimento que en los matorrales, donde puede esconderse.

Mirna desea encontrar un trabajo durante su estancia en Monterrey para establecerse un rato, para juntar dinero antes de continuar porque, como el resto, desea cruzar la frontera para trabajar en Estados Unidos y porque dice, desea hacer algo de provecho por sí misma.





IAPEMI
Instituto Aguascalentense de las
Personas Migrantes



“Aquí los mexicanos son bien machín”

Gerber Misael es hondureño, tiene 29 años. Su esposa y sus dos hijos pequeños son su principal motivo para anhelar cruzar la frontera. Ha tenido que dejar su tierra pues la delincuencia arrecia.

Él trabajaba en la industria del transporte, dice que llegó el momento en el que le tenían que hacer un pago semanal a tres grupos pandillas distintas para mantenerse a salvo.

Él ha cumplido su primer objetivo que era llegar a México, aunque la meta final es cruzar a Estados Unidos. Este sería su tercer intento pues las dos veces anteriores lo deportaron hasta su país.

Cuando Gerber tenía 5 años, su madre murió, entonces lo cuidaron sus abuelos paternos. Después, cuando cumplió 11, su padre se fue a vivir a Estados Unidos. Él y sus hermanos se quedaron a cargo de su madrastra, una buena mujer, dice, y recuerda: “cuando él llegó al otro lado, la vida nos cambió, buena casa, el colegio, buena escuela.”

Eso es lo que él desea para su familia, una mejor vida. Esta vez no tiene prisa por cruzar, pues dice que no quiere que lo deporten de nuevo. Al cruzar la frontera espera encontrarse con su papá y su madrastra.

Gerber se ha acoplado a la dinámica de Casa INDI, donde ha sido bien atendido y dice que durante su estancia en México la gente lo ha tratado bien, “aquí los mexicanos son bien machín”.

“Nunca debes perder la alegría”

Luis Antonio es Hondureño, tiene 58 años y este es su tercer intento por cruzar la frontera. En las dos ocasiones anteriores ha sido deportado, en una de ellas por sus mismos familiares, que ya son residentes.

Salió huyendo de su país porque dice que su historia es muy triste: la mara le quitó su casa, le mató a 3 sobrinos y encarceló a otro, a uno de los que considera como un hijo. Pero a él también lo extorsionaron, le pedían 1000 lempiras a cambio de su vida.

Trabajaba tanto solo para conseguir el dinero, que dice, no le quedaba para comer.

Tuvo dos hijos, una parejita, pero hace 30 años, su pareja se fue a vivir a España y desde entonces no sabe nada de ellos.

Como todos, Luis Antonio quiere un trabajo en Estados Unidos para mandarle dinero a su familia, “para sacarlos de la pobreza en que viven”, asevera.

Cuenta que cuando pasaron por Palenque los asaltaron y les quitaron todo lo que traían, que solo le dejaron la ropa que traía puesta. Además, en su camino le ha tocado “ver muertos, subir a trenes, cruzar ríos, muchas cosas bonitas que pasamos, hasta ahora que me asaltaron me quitaron todo, pero siempre digo que uno nunca debes de perder la alegría, (debes) ser amable y servicial con las personas”.

Por lo pronto se siente atendido en Casa INDI, donde es voluntario y colabora haciendo quehaceres. Dice que ahí le dan ropa que le queda, comida. Se siente agradecido y dice que México no es como dicen en Estados Unidos, “no es un país malo”, asegura, “(aquí) me siento, ¿cómo crees? como en el cielo”.

Viaja con Dios

Alan Daneri tiene 37 años. Ha cruzado dos veces la frontera, una a los 17 años después regresó a Honduras y en el 2022 estuvo cinco meses, hasta que lo deportaron.

Esta vez salió huyendo de su país porque lo extorsionaron. Si no pagaba, lo mataban. Tenía un negocio de comida y una ferretería, además cuenta que en su tiempo libre sembraba para ayudar a las personas que batallaban para comer.

En esta ocasión dice que su destino es quedarse en Monterrey, porque aquí, aunque gane menos que en Estados Unidos, puede estar tranquilo y ganar para comer.

Tiene todo un plan: rentar un cuarto para vivir, llegar a preparar sus alimentos, ahorrar para comprar una estufa y todas las cosas que necesita para poner un negocio de comida.

En su país están su madre y su hijo, su esposa vive con sus padres en otro rancho que queda a seis horas de distancia. Alan sueña con traerse a su familia y sacarlos adelante.

Alan sabe que en Casa INDI, por lo pronto tiene comida y un lugar seguro para dormir. Cuenta que acá tuvo un robo con arma blanca, aunque no le hicieron daño, quisieron quitarle su mochila.

A pesar de todo lo que le ha tocado vivir, Alan suena optimista y cuenta con un celular con el que puede estar en contacto con su familia que es su gran motivo de vida.



Su sueño: regresar a comprar una casa

Jeudin tiene 25 años y es originario de Choluteca, una de las ciudades más antiguas de Honduras. Dice que su nombre es extraño, pero que no sabe de dónde lo sacaron sus padres. Cuando se siente triste piensa en su familia y confía en los planes que Dios tiene para él.

Su esposa ahora está en casa de sus padres junto con su bebé, que tiene meses de nacido y con quienes no puede estar en contacto porque le robaron el celular y algunas pertenencias en un asalto.

Cuenta que el viaje lo empezó con un hermano y con un primo, pero que fueron deportados en Orizaba, Veracruz. Lo último que supo antes de que le robaran su celular fue que uno estaba en Honduras y el otro en Villahermosa, Tabasco.

En su viaje ha aprendido que hay gente buena que les brinda alimento, un techo, trabajo, pero también que hay gente mala. No pierde de vista cuál es su sueño.

Detalla que él, como todos los migrantes, sueña con cruzar la frontera con Estados Unidos, encontrar un trabajo en la industria de la construcción y estar por allá unos tres años para poder juntar dinero y regresar a comprar una casa en su tierra.

Dice que para poder cruzar primero necesita quedarse en Monterrey a buscar trabajo por un tiempo, y ya después, intentar cruzar la frontera.

Jeudin cuenta que en Casa INDI, por ahora, tiene lo indispensable para vivir: comida, refresco, un lugar donde dormir y está agradecido con Dios por lo que recibe.

Viajo con mi familia

Milton Gabriel es originario de Venezuela, hace 8 años se fue a vivir a Cali, Colombia. Dice que ahora todo se ha encarecido en Cali y viaja con su esposa y sus tres hijos pequeños, quieren cruzar juntos la frontera hacia Estados Unidos en busca de una mejor calidad de vida.

A Gabriel y a su familia los ha estado guiando su cuñada, que vive en Nueva York, a donde espera llegar. Planean primero llegar a algún albergue mientras encuentra trabajo y puedan establecerse.

Durante su llegada, Milton está separado de su familia, pues su mujer y sus hijos de 4, 8 y 10 años están en el albergue “El buen samaritano”, mientras él se encuentra en Casa INDI.

Dice que en Casa INDI se ha ofrecido como voluntario, porque aún cuando se encuentra en necesidad, él es carpintero y está colaborando en los arreglos que surgen en el albergue.

Aquí le entregarán unos zapatos, para que pueda ir caminando más cómodo a ver a su familia. Milton buscará la forma de que puedan estar en el mismo sitio, para continuar juntos su viaje.







Va de regreso a Bolivia

Juan David es boliviano, tiene 20 años. Salió de su país natal porque no hay oportunidades laborales para prosperar, según cuenta. Allá dejó a su familia donde lo esperan dos hermanos y dos hermanas.

Ha intentado cruzar 5 veces la frontera, pero ha sido deportado. Allá llegó con un primo, al que también deportaron. El poco tiempo que ha estado en Estados Unidos trabajó en construcción y también en cocina.

Esta última vez que lo deportaron viene de estar secuestrado en Laredo, donde lo tuvieron encerrado en una bodega durante 3 semanas y dice que lo liberaron porque nadie pagó un rescate por él.

Por ahora está en Casa INDI, donde dice que lo han atendido muy bien y ya su sueño, no es cruzar la frontera con Estados Unidos, sino devolverse a Bolivia donde ya lo está esperando su familia.

“Mi objetivo era llegar a Monterrey”

Santos Esteban nació en Honduras hace 34 años. Allá dejó a su esposa y a sus pequeños, un niño y una niña de apenas 2 y 3 años. Salió en busca de un mejor porvenir.

Cuenta que su objetivo no era, como el de la mayoría que es llegar a Estados Unidos, su objetivo ya se cumplió pues era llegar a Monterrey. En Honduras se dedicaba a la siembra de maíz, de frijol, entre otras cosas, pero que el trabajo y la paga no dan el suficiente sustento, si no tienes estudios profesionales.

La travesía desde su salida de Honduras empezó hace un mes y medio y ahora, después de tres detenciones de migración en suelo mexicano, está donde quería.

Su hermana le advirtió que lo detendrían varias veces y que en todas le pedirían dinero y así fue. También sufrió un asalto por los estados del Sur, pero dice que solo le quitaron dinero. Cuenta que Dios siempre le abrió camino, que el solo tuvo que hacer un esfuerzo.

Por ahora, Santos duerme afuera y viene de encontrar un buen trabajo en Escobedo en el que le han pedido su papelería personal, así que ha venido a Casa INDI para que lo ayuden a tramitarla y también porque sabe que aquí le darán comida. Sabe que aquí lo tratan bien y ahora se siente mejor de salud.



“Ser una persona de bien”

Emmanuel es mexicano, nacido en Puebla, criado en el Estado de México y tiene 45 años. Recuerda que su padre lo maltrató desde muy pequeño, a los 5 años, cuando intentó defender a su mamá en una pelea entre ambos.

Su padre los dejó solos y dice que desde entonces vivió desorientado. En la adolescencia se inició: “empecé a fumar y hacer cosas que le hacían daño a mi cuerpo”, cuenta.

Aunque solo terminó la primaria y la secundaria sueña con tener la oportunidad para retomar sus estudios.

Cuando trabajaba en Saltillo, Coahuila, –hace unos años– recibió una llamada en la que le decían que su madre estaba a punto de morir. Se fue a verla y murió en sus brazos. Entonces, cuenta, se quedó solo, se le partió la vida, dice y además nunca hizo una vida personal.

Emmanuel cuenta que el trato que le ha dado casa INDI ha sido muy bueno: “Me he sentido bien, agradable y pues esa oportunidad para poder dormir”. Cuenta que vive en un cuarto sin agua y sin luz, que acude a bañarse aquí.

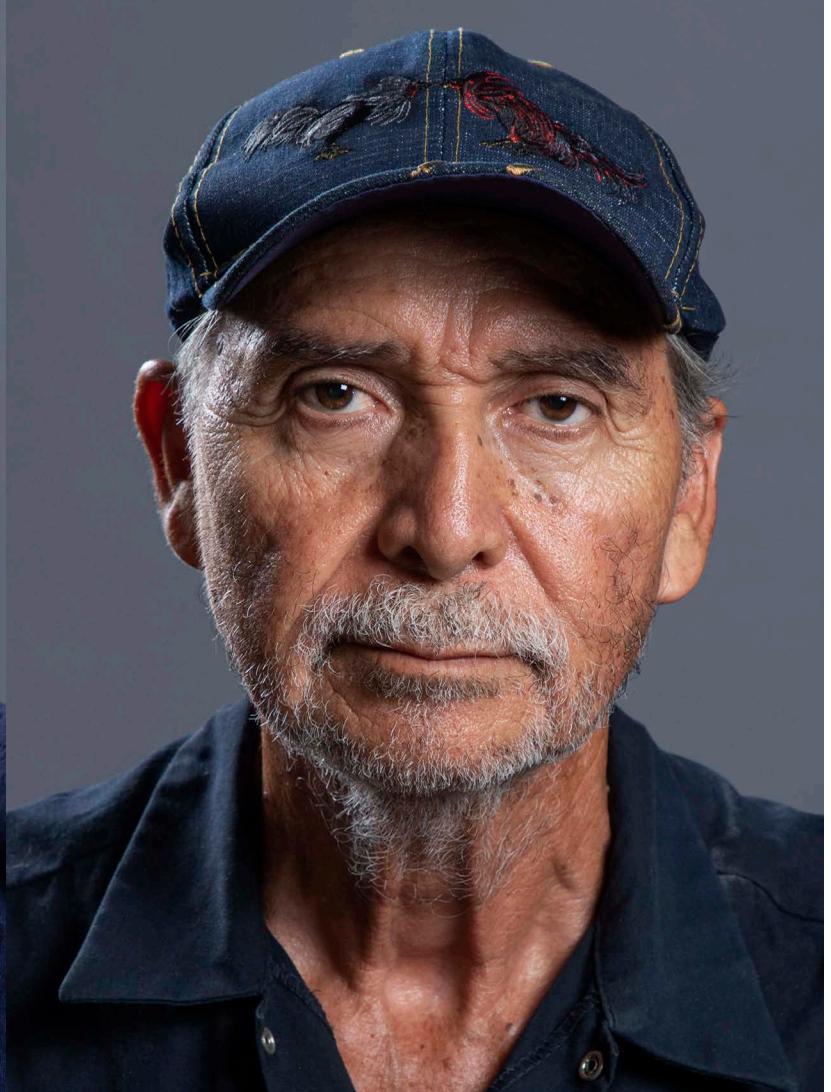
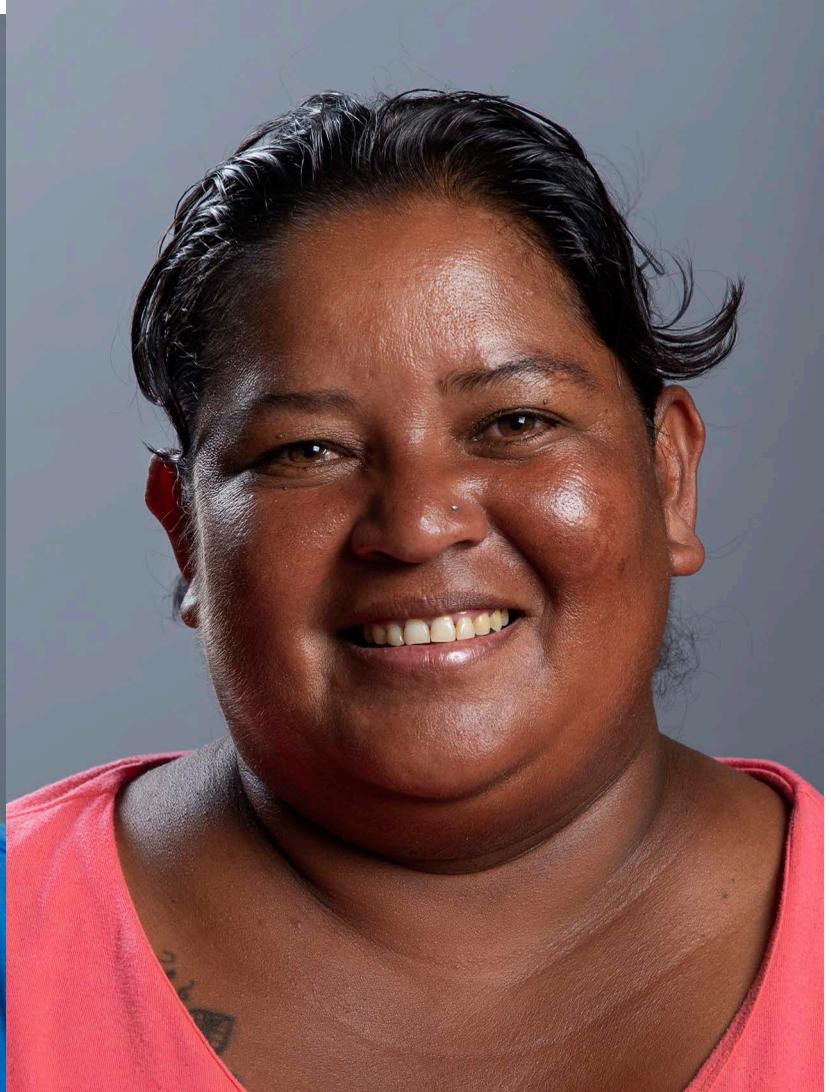
Una de las cosas que le gustan es ayudar a los demás, estar al pendiente de la gente. Está lejos del estado en el que nació y en el que creció porque, dice, no quiere ser como su padre. Quiere tener una vida comfortable, un buen trabajo y sus principios y ser una persona de bien.

Es el cuarto intento por cruzar la frontera

Rosney es hondureño y tiene 27 años. Salió de su tierra porque el pandillerismo tenía conflictos con su familia, pero no por un problema específico, sino porque la violencia en su país es así, suele atacar a todos.

Otra razón para querer cruzar la frontera hacia Estados Unidos es la pobreza: allá no hay trabajo suficiente ni bien pagado. Su camino no ha sido fácil, cuenta que “por ahora gracias a dios, por el momento aquí todo bien, porque hemos estado tranquilos, igual el trayecto que yo caminé fue dificultoso, te asaltan, te roban, te dejan sin zapatos todo eso”. No le quitaron sus papeles, pero sí el dinero que traía.

En Honduras dejó a sus padres y su esposa por ahora está en Tapachula, Chiapas, arreglando papeles para ver si pueden verse en algún punto, aunque tienen contacto por una red social asegura que él ya está casi en la frontera. Este será su cuarto intento por cruzar la frontera -pues en los anteriores lo han deportado- y encontrar el porvenir que tanto anhela.



Quiere hacerle una casa a su madre

Francisco Daniel tiene 21 años, nació en Honduras. La pobreza es uno de los principales motivos por los que busca salir adelante, el otro es la violencia. A su hermana le quemaron la casa y ahora está como refugiada en Estados Unidos junto con otro hermano.

Para Francisco el camino no ha sido fácil pues en el trayecto sufrió un asalto en el que le quitaron dinero, ropa y zapatos. Dice que, aunque en Casa INDI se siente bien y seguro, afuera es lo contrario.

En Casa INDI él tiene comida, un lugar para bañarse y dormir. Esperará las brigadas de ACNUR de la ONU para ver si puede cruzar la frontera como refugiado igual que sus hermanos.

A él, lo que lo motiva a continuar este viaje es ayudar a su familia, “porque igual no tenemos ni casa, nada, sino que la motivación es hacerle la casa a mi madre y seguir adelante”.

Es un camino muy difícil

Antonio Paulino es hondureño. A sus 19 años se decidió a cruzar la frontera para llegar a Estados Unidos para ayudar a su familia. La situación de la familia se ha hecho más difícil desde hace dos años que murió su padre.

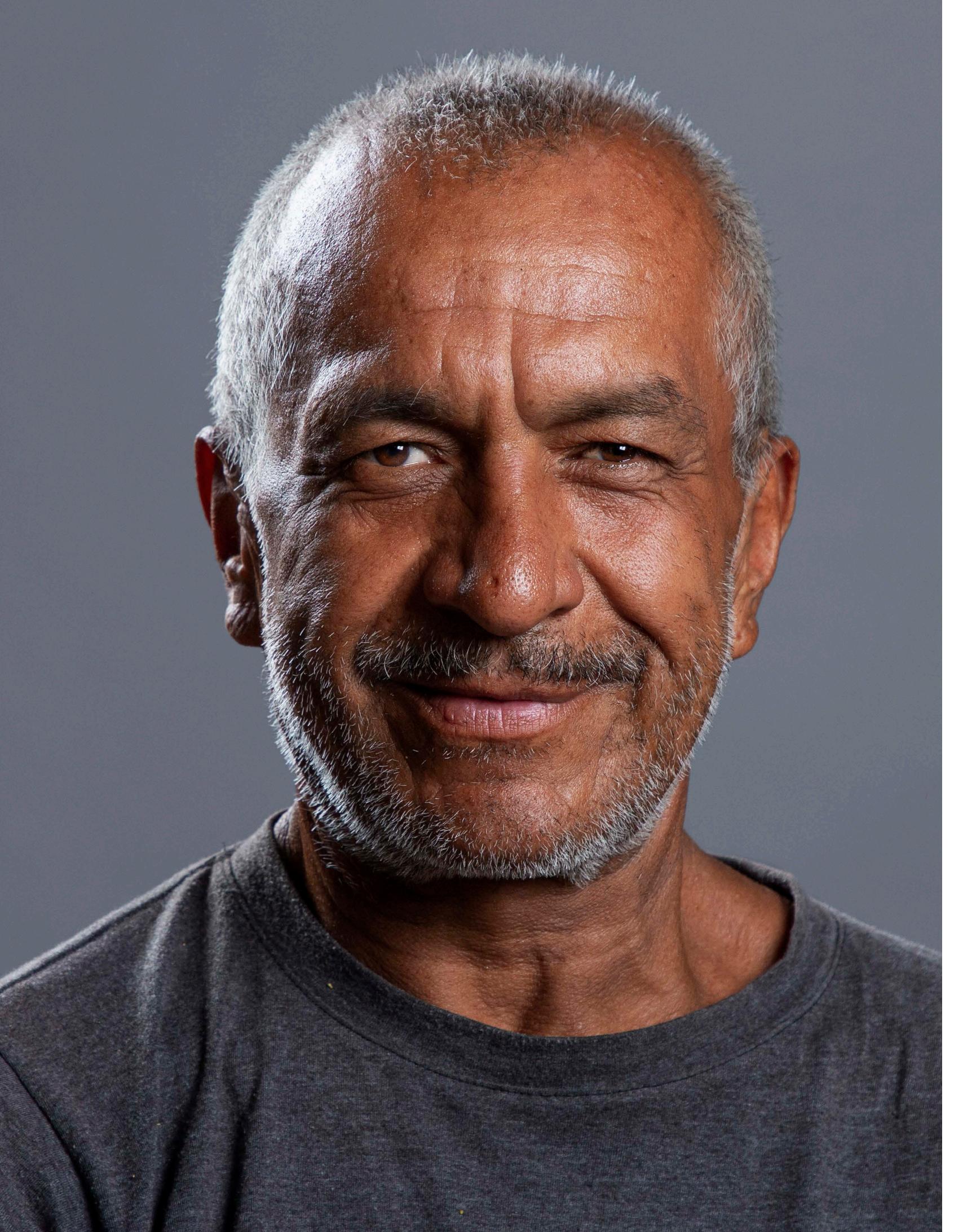
Hay poco trabajo en Honduras, pero la paga no es suficiente para subsistir, “las cosas están muy caras”, asegura.

Su deseo es ayudar a su madre, porque actualmente ella vive con personas que le dan posada. Sin embargo, solamente una de sus hermanas le ha dicho que va camino a la frontera.

El camino ha sido difícil para él, pues en su paso por México lo han asaltado en tres ocasiones y en una de ellas lo golpearon. Lo único que pudo conservar fueron sus papeles, pero le quitaron su ropa, los zapatos y el dinero.

Ahora se encuentra en Casa INDI, donde dice que recibe un buen trato, le dan de comer y tiene un lugar dónde dormir seguro.

Aunque sabe que será difícil llegar a Estados Unidos porque viene sin dinero y no tiene quién lo reciba, tiene el ferviente deseo de continuar su camino.



Soy un hombre de fe

Carlos Joel nació en Honduras hace 34 años. Su anhelo es llegar a Estados Unidos para estar por un tiempo que le permita hacerse de un pequeño ahorro pues su prioridad es regresar a ver a su familia.

En su país natal dejó a su esposa, a su hija y a su hijo. Para él es muy complicado estar lejos de la familia y no saber lo que sucede de manera cotidiana.

No puede comunicarse con su esposa, porque tiene un pequeño teléfono sin internet, así que se comunica con su familia para estar al tanto de ellos.

Durante su peregrinaje lo ha detenido migración en suelo mexicano tres veces y lo han deportado. Sin embargo, tiene claro que las 150 lempiras diarias que puede ganar en su país, que son aproximadamente 140 pesos mexicanos, son insuficientes para mantener a su familia.

En Estados Unidos tiene familiares lejanos, pero no ha recibido apoyo de ellos, sino de sus amigos, que en ocasiones le mandan algunos dólares para continuar su viaje.

A él no le ha sucedido lo que el resto de los compañeros de camino cuentan, al menos no en México, pero cuenta que sabe que les quitan todo y los dejan sin dinero, sin ropa, sin zapatos, sin celular. Solo les dejan la ropa que traen puestas y chanclas.

Por ahora está en Casa INDI, cuenta que aquí “he tenido un trato muy bueno porque nos han sostenido nos han dado comida, me dieron una ropa, me dieron han dado donde bañarme, me han dado donde dormir y donde cargar este teléfono que hay andado, nos ha servido mucho porque yo lo he prestado a varios para que hagan sus llamadas”.

Sabe que lo que resta del camino, así como la llegada al país del Norte, podrían ser difíciles, pero Carlos antepone su fe ante todo y confía en que si se abren las puertas para entrar a su destino, será porque Dios así lo quiere.



Sus metas: cruzar la frontera y regresar a México

Daniel nació en Honduras hace 28 años. Llegó hace 3 a territorio mexicano. Trabajó en el estado de Hidalgo, donde tiene familiares y dejó amistades.

En su país dejó a su esposa y a su niña. Aunque lo han deportado con destino a su país recientemente, cuenta que no se “halla” allá, solo duró 15 días y que prefirió regresar a México.

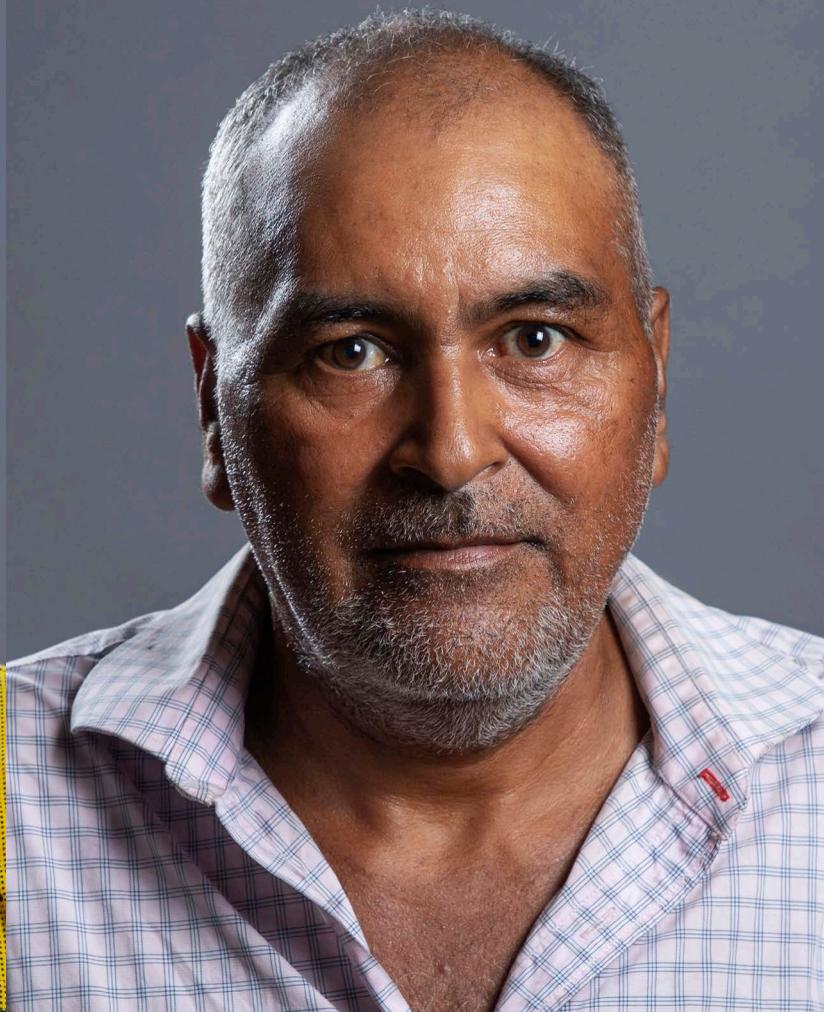
Dice que le gusta el país porque acá lo han tratado bien y también puede trabajar.

Durante su trayecto, que lo hizo en tren, le aventaron una pedrada para quitarle su mochila, y perdió todo lo que traía. Solo se quedó con la ropa que llevaba puesta, mientras su mochila se quedó atrapada en una reja de alambre.

Aunque tiene familiares en Estados Unidos, dice que no le han regresado las llamadas que les ha hecho, así que piensa llegar a ver qué le tiene destinado Dios. Es un hombre de fe. Confía en que Dios le abrirá las puertas para llegar a su destino.

Mientras, en Casa INDI le han proveído la ayuda necesaria para seguir adelante: un lugar para dormir, para comer y le han dado ropa.

Daniel confía en que es una persona de bien, que busca trabajo honrado y que en cuanto pueda hacer un ahorro podrá regresar a México para quedarse.



Buscan juntos una vida mejor

Yanetzy nació en Venezuela hace 25 años. Viaja con su esposo y con sus tres pequeños. Salió de su país primero para vivir en Colombia, donde dice que también la situación económica está complicada y la violencia desbordada.

En su país natal han tenido que pasar hambre, no hay medicinas y tampoco la oportunidad para estudiar, por eso decidieron salir juntos.

Dice que el camino ha sido difícil, les ha tocado no comer, caminar mucho, pero que en los albergues a los que han llegado, como en Casa INDI, los han atendido bien.

Este sería su primer intento por llegar a Estados Unidos, pero dentro del territorio mexicano los ha retenido migración muchas veces y han perdido su dinero.

Hasta el momento no les ha tocado vivir situaciones violentas, pero sabe que otros migrantes han vivido situaciones muy difíciles como robos, secuestros, violaciones.

En este momento están en Casa INDI, sin embargo, donde han encontrado un espacio para dormir y comida, esperan un traslado temporal a otro albergue donde pueda estar ella con sus hijos.

Está consciente de que viajar en familia representa un riesgo, pero dice que por los mismos niños busca una vida mejor, la que no pueden encontrar en su propio país.

En Estados Unidos tiene dos cuñadas, una de ellas los recibirá. Tiene planeado llegar trabajando con ella pues tiene una empresa de servicio de limpieza de casas y después lograr establecerse junto con su esposo y sus hijos.

Quiere vivir en Monterrey y atender a su hijo

Maritza es salvadoreña pero radicada en Honduras, en donde vivió por un buen tiempo hasta que su padre murió y llegaron los maras a cobrarle más de lo que ganaban vendiendo pacas de ropa americana.

Cuenta que los maras empezaron a rondar su casa y entonces sus hijas mayores que ya están casadas tuvieron que salir de la casa donde vivían con ella.

Otro de los motivos por los que salieron de Honduras fue porque a su hijo necesita un tratamiento que no pueden darle en su país por motivos económicos.

Maritza viaja con su esposo y su hijo Horacio, quien tiene 23 años, pero con la mentalidad de un bebé de días de nacido. Un día, sin motivo aparente tuvo convulsiones y después una parálisis de cuerpo. No habla con quien no conoce, se altera cuando ve peleas, cuando desconoce el lugar en el que está o cuando está separado de ella y de su padrastro.

Su camino ha sido difícil, pasaron algunos meses en Tapachula, Chiapas sacando sus papeles. Ahora se encuentran esperando un traslado a otro albergue en el que Maritza pueda estar con su hijo, aunque no quiere estar lejos del esposo.

Ahora, que han llegado a su destino dice que quieren trabajar en Monterrey y establecerse, rentar una casa, tratar a Horacio y tener una mejor vida.

Desea ser sostén de su familia

Jorge Luis nació en Honduras y tiene 25 años. En su país trabajaba en el campo, sin embargo, tuvo que salir por la situación económica, pero también porque los maras lo golpearon sin motivo, dice que hay que evitarlos.

Allá dejó a su esposa, a quien desea llevarse una vez que pueda establecerse. Por lo pronto lo acompañan en el viaje dos cuñados y un amigo.

Durante el camino lo asaltaron y le quitaron toda la ropa y el dinero que traía, pero le dejaron sus documentos.

Esta sería la tercera vez que intenta cruzar la frontera, las dos veces anteriores, cuando tenía 18 y 20 años lo deportó migración en Estados Unidos.

En Casa INDI ha encontrado un lugar donde puede dormir y comer y ha estado bien atendido.

Sabe que será difícil llegar, pero no quita el dedo del renglón. Allá lo recibirá su hermano, quien lo ayudará mientras se establece y pueda iniciar el sueño de ayudar a su familia.



Un pastor en el viacrucis del migrante

Miguel nació en Honduras y tiene 32 años. Allá era pastor de iglesia y cuenta que tuvo que dejar su país de origen porque la situación económica es complicada, el sueldo es bajo como para cubrir sus necesidades.

Allá dejó a su esposa y a sus dos hijos. Dice que ella está en oración constante para que él llegue con bien. Viaja con su hermano, su cuñado y un amigo. Todos desean llegar a Estados Unidos, este sería su primer intento.

En Honduras tuvo un incidente con unos jóvenes que lo emboscaron cuando él regresaba de una visita, le tendieron un arma blanca, pero al darse cuenta de que era el pastor y que además los conocía, lo dejaron irse.

Cuenta que en Palenque extravió su ropa y que el camino ha sido tan difícil que no le han faltado ganas de entregarse para que lo deporten, pero el grupo de migrantes con el que venía lo alentaron a continuar el camino.

Por lo pronto en Casa INDI encontró un lugar dónde comer y dormir. Él tiene fe en que sucederá lo que Dios tenga preparado para él.

Cruzar para preservar su vida

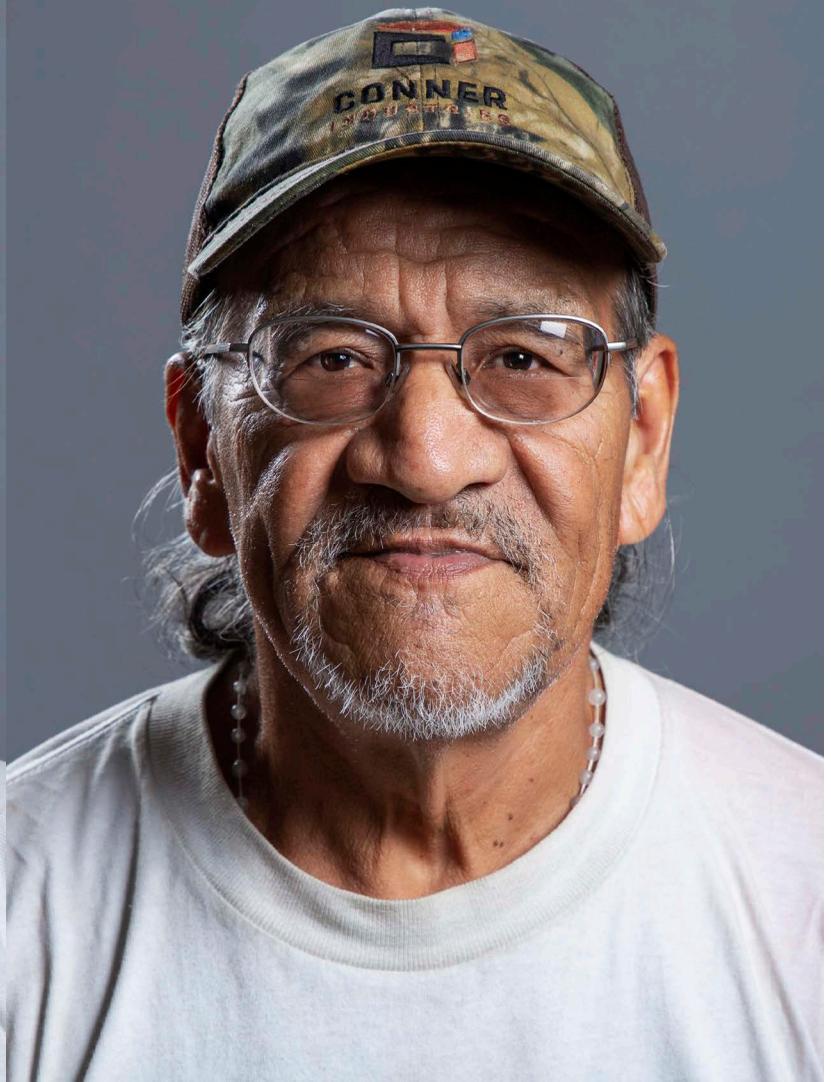
Kevin Jaciel tiene 17 años y nació en Honduras. A los 10 años lo adoptó una familia que hoy sabe que se encuentra en camino a cruzar la frontera con Estados Unidos. En Honduras trabajaba en agricultura, ganaba 150 lempiras, un poco más de 140 pesos mexicanos al día por seis horas de trabajo. Es una suma insuficiente para mantenerse o para ayudar a su familia.

Él fue amenazado por los maras porque no quiso unirse a las pandillas a trabajar con ellos y eso intensifica su deseo por cruzar la frontera, dice que si llegara a regresar a su país, lo asesinarán.

Este viaje lo ha emprendido con su primo. Cuenta que al cruzar por Guatemala lo asaltaron y le quitaron el dinero que traía y en México le quitaron toda la ropa que traía. El teléfono no se lo robaron porque lo traía en la bolsa del pantalón al momento de huir.

Le ha tomado 22 días desde su país hasta Monterrey. En Casa INDI ha encontrado refugio: un lugar donde dormir, comida y ropa.

Kevin sabe que es difícil cruzar la frontera y lo pone en manos de Dios, sin embargo, está entre la espada y la pared: si no llega a su destino, su vida corre peligro y no podrá ayudar a su familia.



Su anhelo: llegar a Texas

Josué Fernando tiene 18 años y nació en Honduras, donde dejó a sus padres y a su hermanita de 4 años. No se ha vuelto a comunicar con ellos desde hace 15 días que salió de Guatemala.

En su trayecto por México unos policías lo asaltaron y le quitaron todo: dinero, su ropa, sus documentos. Dice que se siente extraño estar en un país en el que se siente incómodo.

Salió de Honduras por cuestiones económicas, el sueldo es muy bajo para sostenerse.

Su familia no estuvo de acuerdo en que saliera del país, así que solo mantenía contacto con su cuñado, quien a veces le mandaba dinero para continuar el camino, sin embargo, desde que le robaron el teléfono, no pudo escribirles más. Aun cuando su familia no estaba de acuerdo con su idea de salir del país, ellos son su gran motivación que lo mantiene en pie.

Sin embargo, dice que se siente muy bien en Casa INDI, le han dado comida, un lugar para dormir y dónde poder bañarse, mientras llega el momento de partir a su destino: Texas.

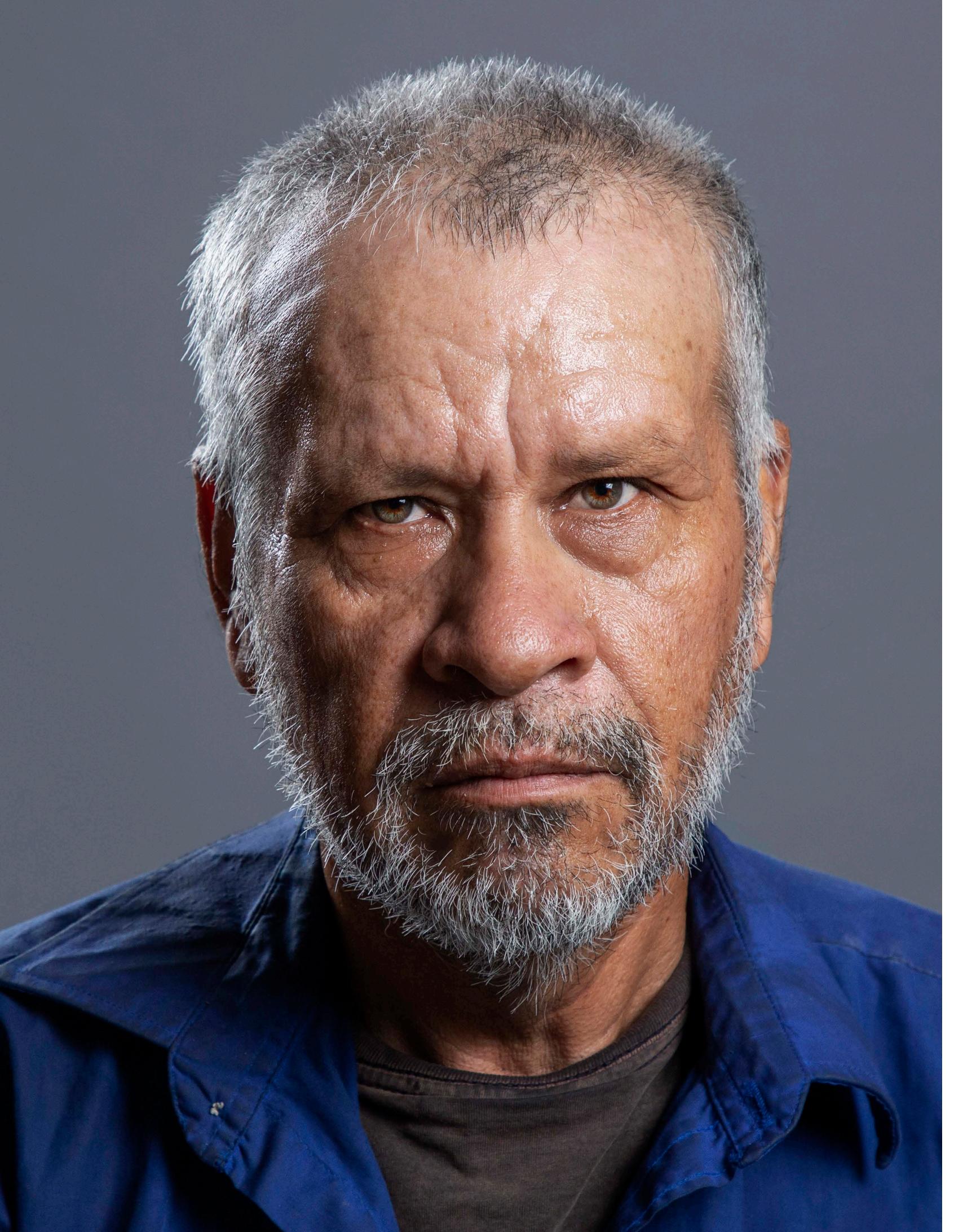
Estar con los maras fue un error

Hamilton tiene 27 años es de Honduras. Salió huyendo de su país porque formó parte de los maras, cuenta que consumía droga: “Te invitan a vender y después vas agarrando, entonces te golpean”, dice, mientras enseña las marcas de los golpes. Ahora sabe que no puede regresar porque pelagra su vida.

Dejó a su hija de 4 años a cargo de su madre. Dice que haber estado con los maras fue un error y que ahora solo quiere llegar a trabajar a Estados Unidos.

Cuenta que viene a Casa INDI a comer y a bañarse, quiere que le den ropa. Dice que ahora ya no consume drogas, que fuma marihuana a veces, pero que no le hace daño a nadie.

Hamilton espera a que pase el tren para entrar por sus propios medios a Estados Unidos, sabe que puede toparse con migración, que pueden deportarlo, pero a cualquier costo, él quiere llegar a trabajar.



Llegó de Cuba a su destino: México

Michael tiene 40 años y es cubano. Llegó en una lancha por Playa del Carmen, de ahí lo llevaron a migración, de ahí a Tabasco donde se comunicaron con las autoridades de su país y lo declararon desertor de su Patria. Ahora no puede regresar en 8 años, pero no se arrepiente.

Se lanzó a la aventura con 3 amigos más que sí decidieron cruzar a Estados Unidos, pero como él se sintió cómodo en México decidió quedarse.

Dice que en su país todo le pertenece al gobierno, hasta las personas, si reniegas por algo “te callan para siempre”, asegura.

Allá dejó a su mamá y algunos familiares que al saber que no podrá regresar en 8 años, le dijeron que se alegrara. Y así fue.

Dice que aquí en Monterrey, Fuerza Civil notó su acento y le quitó todo lo que tenía: dinero, sus papeles y su celular.

Está asombrado de las oportunidades que hay acá, porque en cada esquina encuentras que venden algo, pero en su país, dice, la gente tiene dinero, pero no hay nada que puedan comprar.

Aunque no tiene un trabajo fijo, todos los días sale a buscar algo que pueda hacer y por lo que le puedan pagar. A las empresas que ha ido le han dicho que saque sus papeles para que pueda trabajar.

Tiene varios meses en distintos estados del país, pero ahora que está en Nuevo León ha encontrado un lugar en Casa INDI donde puede comer, bañarse, dormir y lavar su ropa y por ahora, para él, esto que tiene es suficiente.







Perdió todo, pero llegó a su destino

Rejino tiene 25 años y nació en Honduras, esta es la segunda vez que está en el país y ya llegó a su destino: Nuevo León. Hace cuatro años vivió en Guadalupe, tuvo un trabajo estable, pero en Piedras Negras lo agarró migración y lo devolvió a su país.

Antes de decidir salirse de Honduras vendía zapatos en un mercado, pero los maderos le pedían dinero para poder seguir vendiendo, entonces decidió no darles, a pesar de las amenazas.

Ahora que sus padres murieron y que se separó de su esposa, decidió regresar porque aquí hay trabajo, cuenta que conoce algunas personas de Guadalupe, donde vivió durante su primera estancia.

A diferencia de la primera vez que estuvo aquí y que llegó en tren, esta vez tuvo que recorrer desde Palenque, Chiapas hasta un poco antes de llegar a Ciudad de México caminando y después un tramo en autobús y de nuevo a pie hasta llegar hasta Nuevo León.

Durante el trayecto, asaltaron a sus compañeros, pero a él no, porque dice que no traía nada que pudieran quitarle y continuó con su camino.

Rejino tiene 9 hermanos, una vive en Veracruz, sin embargo, no ha podido tener contacto con ellos para avisarles dónde está.

Por ahora Rejino se siente seguro porque en Casa INDI tiene un techo para dormir, le dan de comer y puede bañarse, además le dan ropa. Rejino ya está haciendo planes para establecerse y continuar con su vida.

Va por su sexto intento por llegar a Estados Unidos

Brayan Omar es originario de Honduras y tiene 29 años. En su país trabajaba como fontanero de incendios o como ayudante general. Su sueldo diario eran 400 lempiras, casi 279 pesos mexicanos pero insuficiente para mantener sus necesidades.

Otro de los factores que influyó en su decisión para salir del país fue que a un amigo suyo le pidieron que lo convenciera de unirse a las pandillas y eso lo puso en alerta pues él no se mete en problemas.

Él se hace cargo de sus sobrinos, hijos de su hermana. Este es su sexto intento por llegar a Estados Unidos para poder encontrar un trabajo bien pagado que le permita ayudar a su familia. En todos los anteriores ha sido deportado.

Su camino ha sido duro y llegando a Coatzacoalcos, Veracruz lo asaltaron. Le quitaron el dinero y la ropa que traía. Dice que si llega será difícil enfrentar situaciones que pueden ser inesperadas: si llega migración, o incluso encontrar trabajo.

Por ahora se encuentra tranquilo en Casa INDI donde ha recibido comida, un lugar para dormir, para bañarse y cuenta que ahora que ayudó en algunas labores, le dieron ropa y unas chanclas.

Ahora a Brayan le toca esperar el momento para retomar su camino.

Quieren una vida tranquila en Monterrey

Melvis tiene 44 años y viaja con su nieto Jefer de 12 años a quien ha cuidado desde bebé. A su hija la embarazó un marero cuando tenía la edad de Jefer. Desde entonces es hijo de Melvis.

Ella tiene todos los papeles concernientes a Jefer, incluso la patria potestad para poder traerlo consigo de manera legal.

Ambos tuvieron que salir de su natal Honduras porque a Jefer lo estaban siguiendo los mareros cuando el niño iba rumbo a la escuela, cuenta Melvis que incluso se salvaron de que lo secuestraran, querían al niño para extorsionar gente.

“Una vez lo mandé en una bicicleta al colegio y lo bajaron de la bicicleta le pusieron un cuchillo, le quitaron la bicicleta y lo amenazaron que tenía que ir con ellos, pero los vecinos se lo quitaron, por eso andamos aquí, porque a mi edad ya no era para andar acá”, cuenta Melvis.

Ella se asustó y dejó allá a su esposo, a sus hijos y a sus nietos. Tenía que poner a Jefer a salvo. Cree que el padre de Jefer pudiera estar involucrado en esto porque a eso se dedica y lo único que le ha dado al niño, dice, es el apellido.

Pero Melvis también cree que pudo haber sido él porque un día, ella fue víctima de un incidente de agresión. No le gusta acordarse de ese episodio doloroso.

También cuenta que podría ser porque ellos tenían una buena vida, en la que cubrían lo necesario, porque su esposo tiene un taller mecánico y su hija, la mamá de Jefer, tiene un buen trabajo. Dice que por eso, la gente supone que tienen dinero, pero la economía es tan complicada que apenas tenían para salir con las necesidades diarias.

El camino desde Honduras ha sido difícil pero llevadero. No han tenido ningún incidente violento durante el camino. Ya tiene dos meses en Monterrey, al que considera su destino.

Por ahora Melvis y Jefer están juntos, a salvo en Casa INDI, donde pueden comer, descansar y puede contar con medicamentos cuando los ha necesitado.

Ahora busca un lugar en el que pueda trabajar pero que a la vez le permita tener seguro a Jefer para poder cuidarlo, darle estudios y una vida tranquila.



Días de alivio e ilusión

María Yamiles lleva apenas una semana en Casa INDI, pero puede decir que está viviendo un alivio que no había sentido en años.

La mujer de 28 años llegó de Venezuela con su esposo, sus tres hijos pequeños, su prima, una cuñada, la hija de la cuñada y un amigo. Salieron literalmente expulsados por la pobreza y la corrupción que imperan en ese país.

“Lo peor, todo empezando por la comida, la necesidad, tantas cosas, imagínese a los niños, el bienestar, la educación, muchísimas cosas”, cuenta.

“¿Qué pasa en Venezuela que todo está tan mal? Pues nosotros pensamos que el presidente, nosotros pensamos que es el presidente porque, o sea, antes no se había visto eso, después de que se montó la presidencia. Venezuela se volvió un desastre”.

Esta situación llevó a una descomposición total, afirma.

“Hambre, más que todo, porque allá no alcanzaba para nada y el problema de que allá no hay luz, agua, gas, tocaba cocinar con leña.

“En la parte donde yo vivía se veía que los niños se tiran a la calle y creen que andar en el malandreo metiendo vicio eso es lo mejor, entonces en el pueblo donde yo vivía ya mis hijos veían eso, eso era lo que yo no quería, entonces decidimos salir, de venimos, a como diera lugar por el bien de ellos”.

De esta manera y evitando los trenes para no afrontar persecuciones, María y los suyos cruzaron selvas para llegar a México. La travesía, literalmente, fue dantesca

“La caminata, la aguantada de hambre, la pasada, la cruzada de los ríos, dormir en el monte, ver las personas muertas, cosas que uno evitaba para que los niños tampoco vieran.

“Algunos ahogados, otros a lo mejor no sé si comerían cosas que no tenían por qué haber comido, quedaron en la misma carpa, enfermos, gente enferma que se quejaba, fue horrible, pero, pues, gracias a Dios logramos salir”.

México no los ha tratado bien, dice: “Nos han tratado mal por el caso que aquí no nos aceptan y, pues, tampoco respetan que llevamos niños ni tampoco nos prestan una ayuda”. Sin embargo, en Casa INDI han logrado un plato caliente de comida, servicios sanitarios: reponer fuerzas para continuar el viaje hacia Estados Unidos, donde se encuentra una cuñada.

“Hacemos esto por el bienestar de ellos”, dice mirando a sus hijos, “porque de verdad en Venezuela están pasando lo peor”.



Cuenta con el apoyo de su familia

Natanael nació en Honduras hace 44 años. Se animó a salir de su país porque quiere comprar un terreno para construir una casa para su mujer y su hijo de apenas 4 años.

En su país trabajaba como albañil, donde ganaba 500 lempiras diarias, aproximadamente 348 pesos mexicanos. Con ese sueldo, cuenta, no alcanza a cubrir las necesidades básicas como la renta, la alimentación, los servicios, mucho menos le alcanzaría para ahorrar para comprar un terreno y construir una casa.

Otro de los problemas que enfrentó fue con los maras. Uno de ellos llegó a amenazarlo y decidió salir del país para no tener problemas.

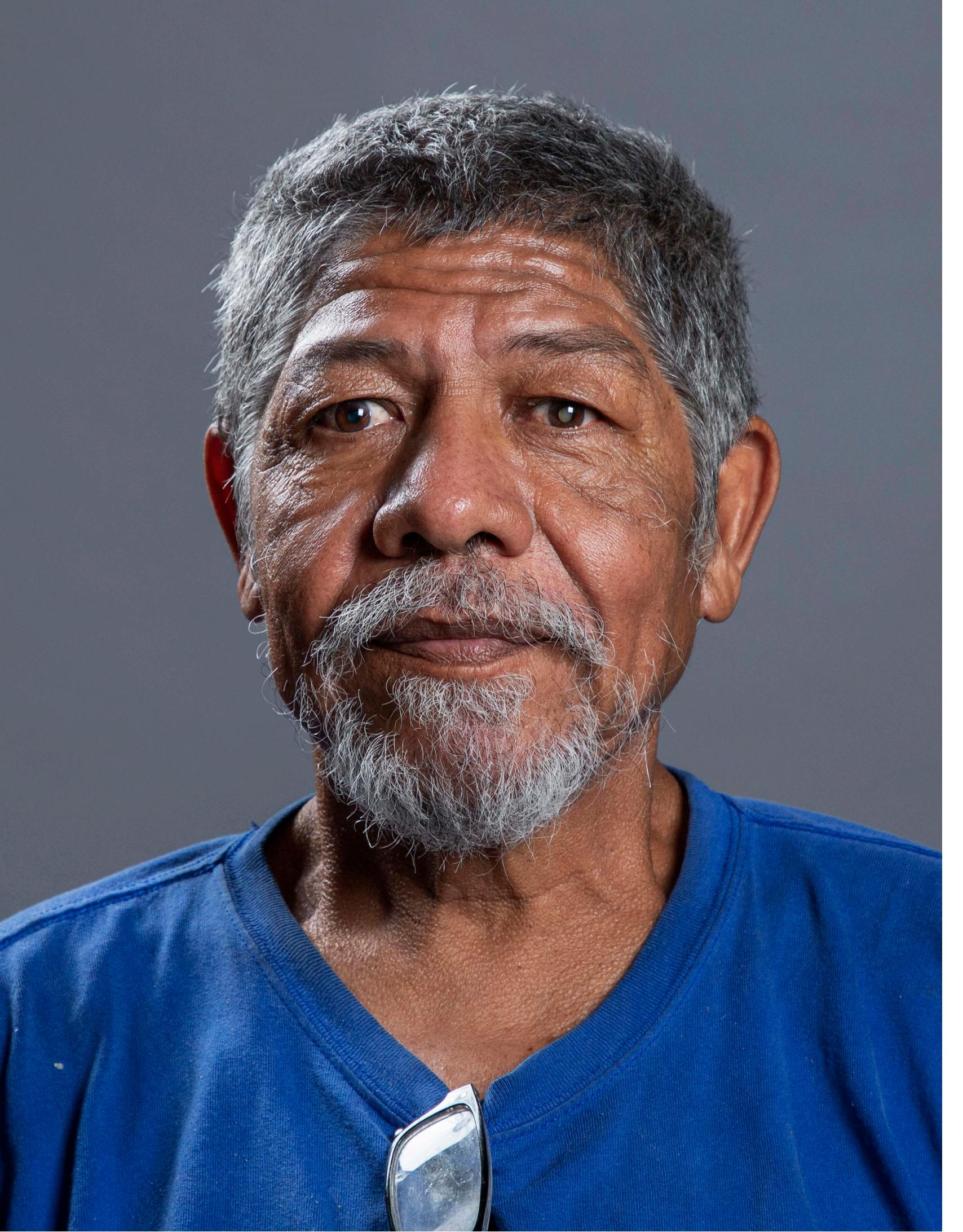
Salió de Honduras con su cuñado, pero él agarró un camino distinto, por ahora está en Sonora, otro estado fronterizo, “por donde está el desierto”, cuenta y es por ahí por donde espera cruzar.

Natanael tiene 2 meses en México, por ahora renta un cuarto y pasa a Casa INDI para comer, le dan agua y le dan ropa. A veces consigue trabajos ocasionales que le permiten tener un poco de dinero.

Este es su segundo intento por cruzar hacia Estados Unidos. El primero fue en el año 2014, sin embargo, lo detuvo migración en Tapachula, Chiapas.

En esta ocasión le preocupa cómo poder pasar Piedras Negras, Coahuila para poder acercarse a la frontera y cruzar a Estados Unidos. Sus compañeros migrantes le han contado que hay zonas donde asaltan. Le preocupa que lo agarre migración o encontrarse con algún grupo delictivo.

Cree que la llegada será difícil y tendrá que buscar un lugar para descansar, antes de encontrarse con algunos miembros de su familia que están en Estados Unidos y que lo han ayudado durante el camino.



“En mi país hay mucha pobreza”

Carlos nació en Honduras y tiene 36 años. La pobreza es uno de los principales motivos que lo llevó a salir de su país. Allá dejó a su padre, a su madre y a sus seis hermanas.

En su país trabajaba como albañil, donde ganaba 600 lempiras diarias, que equivale a 417 pesos mexicanos aproximadamente. Sin embargo, el trabajo no era continuo. A veces trabajaba unos cuantos días de la semana, a veces la semana completa pero después tenía semanas en las que no había trabajo.

Carlos está preocupado porque su madre es diabética y necesita medicamentos que son costosos, a veces también la tienen que internar al hospital, necesitan una fuerte cantidad de dinero mensual para poderla atender.

Cuenta que en su país hay mucha pobreza. Vivía en Copán que tiene frontera con Guatemala y cuenta que ahí no hay maras. Sin embargo, no se escapó de la violencia. Un vecino lo amenazó en 4 ocasiones con un machete.

En su paso por México venía con un grupo de amigos migrantes y de repente, salió un grupo de 7 personas armadas que los hincaron y les quitaron los teléfonos. Los empezaron a golpear porque querían que les dieran números de familiares en Estados Unidos para extorsionarlos. Les quitaron lo que traían y los dejaron ir. A uno de ellos, cuenta, lo golpearon muy fuerte en el abdomen y le lastimaron un tobillo. A él, en cambio, solo le dieron un garrotazo.

Lo mismo les sucedió en otros lugares en los que salían ladrones al paso y se veían en la necesidad de correr para que no los alcanzaran.

Carlos no se ha podido comunicar con sus primos y primas que tiene en Estados Unidos desde que le robaron su teléfono. Ellos estuvieron al pendiente y al inicio le mandaron dinero, pero ahora se ha complicado la comunicación.

Dice que padece ansiedad y solo le queda medicamento para un par de meses, eso le preocupa porque es un medicamento controlado, que además ahora no puede comprar.

Por lo pronto está en Casa INDI, donde ha podido recibir comida y alojamiento, un poco de tranquilidad para agarrar fuerza y poder continuar con su camino.



El gran viacrucis: la distancia

A Fernando Joel lo que más le duele de su camino migrante es estar lejos de su hija. La joven tiene actualmente 16 años y, desde hace tres, no ha podido verla.

La historia de Fernando Joel pudiera ser como muchas otras: violencia, desempleo, búsqueda de una nueva vida en Estados Unidos. Así, el hombre comenzó a pensar que lo mejor sería el éxodo tras recibir la visita de las maras.

“Sí, me amenazaron, pues que si no pagábamos una cuota nos iban a matar a mí y a una hermana porque teníamos un negocio de abarrotería allá, de cosmético y abarrotería, entonces fue el motivo eso de haber salido de allá”.

Habla de Honduras, donde dejó a su hermana, quien cerró el negocio que tenían, y a otros parientes más, además de su hija. Francisco Joel habló con ellos, les dijo que se dedicaran a otras cosas a fin de que ya no los extorsionaran los delincuentes, en tanto él tomó el camino de la migración hacia Estados Unidos.

De esto hace tres años.

Ha intentado cruzar por Laredo cuatro veces, pero lo han devuelto. No es fácil, asegura.

“Mucho asalto, mucho peligro en el camino, hasta de la autoridad”, dice. “Robos, asaltos, secuestros, violaciones a los derechos humanos, todo eso se da, pues”.

Por ello, Fernando Joel ha alternado su estancia en Monterrey entre la Casa INDI y alguna vivienda de renta. En el albergue le han ofrecido alimentación, aseo y la posibilidad de comunicarse telefónicamente con su familia y, aunque no descarta vivir en México, lo que él quiere es cruzar al otro lado.

“La idea es aquí nomás a México, pero pues, si pudiera ir a Estados Unidos sería mejor, ¿verdad?, ahorita por lo menos estoy aquí en México,

“A ver si puedo salir adelante verdad, ayudar a la familia y cambiar la manera de vida, tener una buena situación económica”.

Incansable, Fernando Joel no parará de caminar.



Huir para ser mejor

Edgardo lo intentó, nadie puede decir lo contrario. Él intentó trabajar en la construcción en su natal Honduras para mantener a su esposa y a su hija de 12 años. La realidad, sin embargo, se impuso y él decidió tomar distancia de los riesgos.

Ganaba entre 250 y 350 lempiras, insuficiente. Ante esta situación, pronto fue atraído por la delincuencia. La pobreza, dice, es insoportable.

“La pobreza es que no hay trabajo, no hay trabajo, quieren sólo que uno trabaje en trabajos sucios: andar robando, andar vendiendo droga”.

Dice que esto lo provoca la gente “que quiere que le hagan más dinero, los más grandotes”:

“No hay seguridad, porque son los mismos ricos, los mismos que tienen dinero, los que pagan a los policías para no defendernos a los pobres”.

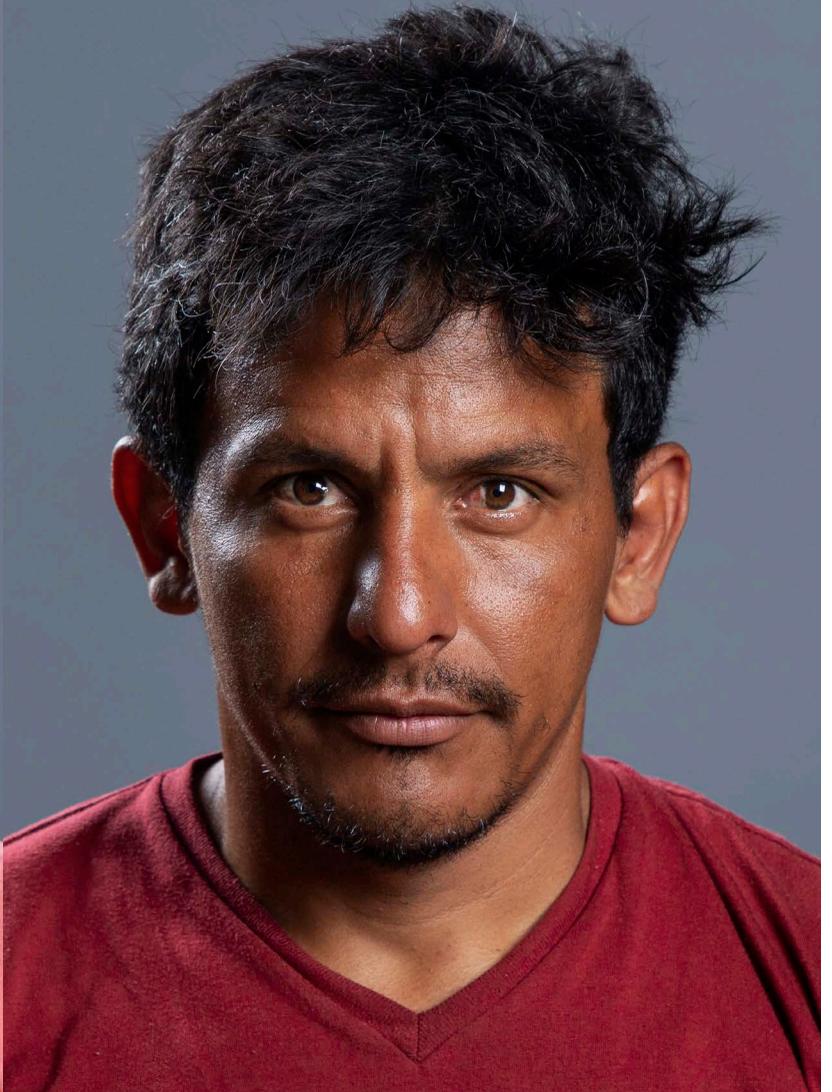
Finalmente tuvo problemas: no quiso participar en delincuencia y las maras lo empezaron a acechar. La amenaza se extendió a la familia, así que decidió partir.

Ha intentado cinco veces llegar al Sueño americano. Y cinco lo han deportado. Ha encontrado en Monterrey el lugar en el que cual puede reponer fuerzas, organizar ideas, planear de nuevo el salto.

Ha trabajado, desde luego. Incluso pasó un año en Coatzacoalcos trabajando para la construcción: “Mi motivo es trabajar, ahorrar dinero para ayudarle a mi familia, a mi mujer, mis hijas, mi mamá”.

Hoy, Edgardo quiere volver a intentar cruzar. Lo hará. Nadie lo esperaba en el país más poderoso del mundo, pero él dice que hará lo posible por hacerse de un camino, de un oficio, de una vida.

Ganas, las tiene. Acaso la suerte al fin esté de su lado.



Al borde del peligro

No es fácil la vida del migrante y la de Carlos Natanael es prueba de ello. Hace más de un año debió abandonar Guatemala porque corrupción y delincuencia se conjuntaron para obligarlo a dejar con parientes a sus cuatro hijos.

El hombre debía pagar a los encargados de la bananera para la que trabajaba a fin de que lo dejaran laborar. Ganaba 900 quetzales cada 15 días.

“Allá en Guatemala las colonias están comandadas por las maras, la Mara 18 que han llegado de otros países, han llegado de El Salvador, Honduras, hay guatemaltecos también, nicaragüenses, pero los que están comandando más son los de El Salvador.

“Usted si va a trabajar allá tiene que entregarles una cuota a ellos: si usted recibe 1000 a la semana o a los 15 días, a ellos les tienes que dar 200 a 300 quetzales, si no pues ya vienen y le dejan a alguien de su familia ahí sin vida en la puerta de su casa, para que vean que no están jugando y que tienes 24 horas para irse del país”.

Asociados con el Cartel Jalisco Nueva Generación, aquellos delincuentes son muy poderosos por el armamento con el que cuentan. Pronto llegaron a la vida de Carlos, a quien le secuestraron un hijo. A cambio de mantenerlo con vida, él debió trabajar para ellos.

“Colaboraba con limpiar las casas, ¿me entiendes?, limpiar lo que ellos dejaban, la sangre y todo lo que ellos dejaban de otra gente. Nunca me obligaron a hacerle daño a nadie, sólo hacer limpieza”:

Finalmente le devolvieron sano y salvo al hijo, pero a él le dijeron que debía irse del país si no quería seguir trabajando para ellos. Incluso le prometieron no hacerle nada a su familia.

Llegó con su mujer a Tapachula, trabajó un tiempo, pero no le alcanzaba, por lo que prosiguió su viaje por el país hacia Estados Unidos. Durante este tiempo ha vivido de todo: desde gente que lo orienta y le regala un vaso con agua hasta otros que le insultan y le dicen que se devuelva a su país.

Durante el trayecto, su mujer lo abandonó. Así, desplazado y solo, recorrió durante meses el país hasta que finalmente se subió a un tren que lo trajo a Monterrey.

“Veníamos en el tren, porque no teníamos los suficientes recursos para viajar en autobús y nos montamos ahí en Torreón para acá para Monterrey. En el transcurso de tres horas que estuvo en marcha habían unas camionetas como en unas partes del desierto acá, se miraba como desierto porque no se veían casas, se miraba pura arena, eso fue como a la una de la mañana: se miraban cuatro camionetas prendidas con las luces apuntando al tren y otras dos apagadas y cuando nos dice un amigo: ‘¡Agáchense!’ y, en el momento que íbamos a pasar enfrente de ellos, nos dispararon, pero todos pegaron en un contenedor y arrancaron las camionetas y se vinieron encima de nosotros, pero iban escoltas en el tren y ellos ‘repelaron’ el ataque.

“Más adelante, ya para llegar aquí, estaban los soldados y ahí las camionetas se regresaron y ya los siguieron los soldados, pero no los alcanzaron, se fueron y volvieron a poner las mangueras porque habían desconectado unas mangueras que frenaban el tren. Así era como nos querían bajar a nosotros”.

Algunos se tiraron durante el trayecto, por lo que nueve que iban en el tren sólo quedaron cinco, incluido Carlos. El hombre peregrinó por varios lugares hasta que por fin llegó a Casa INDI.

El guatemalteco espera llegar a Estados Unidos, donde un amigo puede darle apoyo: “Lo único que me dice es que le eche ganas, que se siente mal porque no me puede ayudar en el camino que estoy pasando, que estando allá él me va a ayudar lo más que pueda”.

Todo lo hace y todo lo enfrenta, dice, por sacar adelante a sus hijos.

“Eso quiero: saber que, llegando ya allá (a Estados Unidos) no les va a faltar nada, eso”.



Por una deuda

José Isaías partió de Honduras porque pidió un préstamo para hacer un viaje a Canadá que finalmente se canceló, por lo que para evadir la deuda el joven salió del país con miras a llegar a Estados Unidos.

Emprendió el éxodo con un hermano.

“Nos quedamos a dormir en el monte, en el frío y todo eso, porque era diciembre cuando nosotros salimos de allá de Honduras y aguantamos frío, nos tocaba dormir a las orillas de las vías, arriesgando que se acercara algún maloso o algún animal que nos picara ahí, pero gracias a Dios no pasó nada de eso”.

A ambos los detuvieron en el país del norte: al hermano lo deportaron y a él “lo tiraron” en un puente de Piedras Negras.

José enfiló hacia Monterrey, ruta en la que sufrió un asalto. Esto y subir al tren fueron los momentos más difíciles.

“Lo complicado de subir al tren es la tomada, la ‘agarrada’, como uno le llama. Te preparas para poder treparte, subirse uno, eso es lo más complicado, lo que hacemos es esperar para que fuera despacio, para poder agarrarlo, porque como era primer vez no sabíamos cómo agarrarlo cuando fuera rápido.

“Tuve que esperar a que viniera despacio y con miedo a no caerme, porque siempre trae uno ese riesgo, de que a veces se le complica a uno, se le resbala una mano o algo así y cae en medio de las vías del tren. Ya no la cuenta”.

A como pudo, José llegó a Casa INDI. Lleva cerca de seis meses.

A pesar de todo lo que ha vivido, el joven se mantiene en su idea de llegar a Estados Unidos.

“Más por las necesidades que tenemos en mi país, mi familia, son muy caras las compras y todo eso, y mis hermanas que también necesitan medicina, cosas medicamentos cuando ellas se enferman, porque tengo dos hermanitas que están pequeñas, una de seis años y otra de cuatro”.

De esta manera, José se siente obligado moralmente a seguir su camino hacia un mejor porvenir.



Una vida bajo amenaza

Una amenaza de muerte fue la que provocó que Óscar abandonara su trabajo de montacarguista y dejara su natal Honduras para probar suerte en el camino de la migración.

El agresor creyó que el joven era pandillero, por lo que le advirtió que lo mataría. Ante esto, y para salvaguardar la integridad de su familia, Óscar salió de su país en busca del sueño americano.

Pronto, la delincuencia hizo lo suyo con él: lo asaltaron en Tabasco. Afortunadamente salió con vida, por lo que pudo continuar su viaje, no sin complicaciones y sin dolor: dejó atrás a un hijo y a su mujer, en tanto otra lo espera en Estados Unidos.

No es la primera vez que Óscar intenta llegar a la Unión Americana.

“Fue en septiembre del 2010 y, pues, me agarraron, estuve tres meses preso allá en Estados Unidos y me deportaron.

“Ahorita que subí hace como dos meses me volvieron a tirar a Piedras y me bajé para acá abajo, pero pues ahorita la cosa está complicada.

“Ahorita si lo agarran a uno lo deportan y, si entra ilegalmente con la aplicación de Cityone, son seis meses a un año o hasta cinco años ahorita, entonces se complica más si se va uno con coyote”.

Óscar trabaja en el equipo de cocina de Casa INDI, pero sabe que su destino lo espera en Estados Unidos, en específico, en Houston.

La moneda del futuro de este hondureño está en el aire.



Quiero sacar adelante a mis seres queridos

Oldin Erminio tiene 34 años y es hondureño. En su país dejó a su mamá, a sus siete hermanos y a sus hijos, a quienes desea ayudar para que todos tengan una mejor vida.

Tenía 10 años trabajando en una empresa de seguridad hasta que una noche mientras estaba trabajando entraron a robar. El dueño se disgustó y lo corrió sin las prestaciones que le tocaban. Le pagaban 7 mil 500 lempiras por mes, un poco más de 5 mil 200 pesos mexicanos.

Este hecho se suma a que fue amenazado por distintos grupos de maras que le advirtieron que la casa en la que vive sería de ellos algún día. El cree que quieren la casa porque está localizada a la entrada de la colonia, desde donde podrían vigilar quién entra y quién sale, ya que tienen cerca a una pandilla rival.

El camino para Oldin, como para muchos otros, no ha sido sencillo. Iba con un grupo de compañeros migrantes cuando los asaltaron, le quitaron la mochila en la que traía unos tenis, un cambio de ropa y 700 pesos mexicanos. Cuenta que se les puso bravo y que les dijo que ellos también eran seres humanos y que tienen derechos. Uno de los agresores le sacó una pistola y le apuntó directamente.

Pero a Oldin todo esto no le ha quitado las ganas de seguir adelante y cruzar la frontera, donde pudiera encontrar a los amigos con los que se mantiene en comunicación. Su sueño es tener una casita en un lugar tranquilo y sacar adelante a sus seres queridos y a sus hijos.



Dueño de nada, en busca de todo

Sin nadie atrás de él (a su padre lo asesinaron y su madre lo abandonó), Wilmer Jovani salió de su aldea y emprendió la larga caminata hacia la autosuficiencia.

El hondureño de 29 años fue asaltado durante el camino: ¿hay algo más duro que perder el calzado? Wilmer lo vivió.

Aun así, el chico criado por abuelas continuó el viaje, no sin peligros. Incluso en la propia Ciudad de México lo golpearon, lo asaltaron y le quitaron su mochila y su teléfono: “Todo”, dice. “Me vine sin nada aquí”.

La travesía no fue fácil, cuenta.

“Cuando yo venía del lugar en el camino me pasaba que me caía en el tren, luego me vine y miraba muchas muertes que se mataban en el tren, yo tenía mucho miedo, pero yo siempre le pedí a Dios que no me vaya a pasar nada.

“Gracias a Dios llegué hasta aquí a Monterrey, me vine para acá y aquí estoy, ya estoy aquí buscando salir adelante”.

Sea en Monterrey o en Estados Unidos, Wilmer persigue la esperanza.



Dos futuros

“Tengo dos futuros”, afirma Lexy Liliana, de 23 años. “Tengo que ayudar a echar para adelante, que es mi madre y mi hija, y tratar de que ellos también salgan de ese mundo, y brindarle a mi hija una mejor estabilidad, un futuro, un nuevo horizonte, un estudio”.

La joven salió de Venezuela en su quinto año de Medicina porque las cosas en su país se volvieron insostenibles: “Pasan muchas cosas, necesidad: si trabajas, comes y no vistes y, si vistes, no comes y así”.

“En el momento en que empiezo a estudiar medicina era del gobierno y, entonces, era como una obligación votar por el presidente, porque si no lo votan a uno lo echan de la carrera y todas las cosas así, no era algo liberal, ¿me entiendes?”

“Eso lo hace abandonar a uno, entonces no aguanté el sueldo”.

Lexy atravesó la selva del Darién, donde fue asaltada: le quitaron todo: dinero, ropa: “Duramos dos días sin ropa, sin comida, una locura”.

Finalmente llegó a Casa INDI. Su esperanza es un tío que vive en Estados Unidos,

“Bueno, ¿qué te puedo decir? Es un proceso de adaptación y un proceso también psicológico en el momento en el que te enfrentas esa situación, este saber actuar y activar la mente porque psicológicamente puede que te deprimas y entonces caes en ese estado de depresión y no eres capaz de seguir, todo lo ves complicado.

“En el fondo, cuando uno empieza a pensar y psicológicamente piensa que allá en Venezuela está esa persona, ese retoño que te necesita y lo saques adelante, es donde uno dice: ‘Bueno, vamos a echarle ganas, vamos a luchar vamos para adelante, pasaron lo que pasaron, pero bueno, vamos a seguir’”.

“Tener salud es como estar en casa”

Lelis nació hace 37 años en Honduras. En los once meses que lleva en México ha intentado cruzar la frontera con Estados Unidos tres veces y en cada intento lo han deportado. Ahora se pregunta: “¿Para qué voy a seguir (intentando)? Puedo perder mi vida”. En su tierra se quedaron sus hermanos y sus hermanas.

Dice que en su país es difícil conseguir trabajo, que el dinero no rinde, que no tiene nada. En cambio, dice que en México, aunque sí se gana unas monedas, hay muchos ladrones, pero eso no es suficiente para querer regresarse.

Tiene trabajo ocasional, a veces se va al mercado de abastos a cargar bultos, a veces a verduras y esa entrada económica le sirve para pagar por lavar su ropa y para mandarle dinero a su familia.

Entre las dificultades que ha tenido que enfrentar acá, está el robo de la policía, que identifica como estatal, y que según cuenta, le han quitado el teléfono y sus papeles.

Los papás de Lelis murieron cuando él tenía apenas 7 años, desde entonces vive solo en las calles. Quizá por eso, aunque sabe que en Casa INDI tiene cobijo, se siente más seguro durmiendo en la calle, a cielo abierto. Y solo regresa para comer.

Hay momentos en los que piensa que podría regresar a su tierra a sacar sus papeles de nuevo y a estar con su familia y que podría regresar al país dentro de un año, aunque no sabe si regresaría hasta el Norte.

Dice que por ahora se siente bien en Casa INDI “porque es realmente como lo miran a uno, gracias a Dios, como yo siempre he dicho, mientras tenga salud, para mí, es como estar en mi casa”.

Sufre persecución política

Luis Enrique tiene 37 años, es originario de Venezuela. Ha tenido que salir de su país por persecución política. Allá dejó a su pareja y a sus dos hijos.

El pertenece a un grupo opositor al gobierno. Cuenta que en donde vive hicieron una elección en la que resultaron triunfadores, sin embargo, los empezaron a obligar a asistir a marchas chavistas, pero como se negaron, se dieron cuenta que ya andaban rondando sus casas.

El riesgo que corren, cuenta, es que los agarren, les pongan un arma o les siembren droga y los metan a la cárcel. Eso les sucedió a dos de sus amigos, a los que encarcelaron sin motivo porque les sembraron delitos y los tuvieron presos por 40 días.

Luis Enrique cuenta que lo amenazaban, llegaban a su casa preguntando por él, por suerte, nunca lo encontraron.

El trabajaba sus propios terrenos con siembra de maíz y de frijol, también trabajaba en otras fincas haciendo lo mismo, con eso apenas le alcanzaba para el sustento diario.

El viaje lo ha hecho con 9 amigos, llegando a Nuevo León, un señor que prometió dejarlos en un punto los estafó, les cobró pero no los llevó y se robó las pertenencias de algunos.

Para Luis Enrique esta es su primera vez intentando cruzar a Estados Unidos, piensa entrar por Piedras Negras, aunque sabe que será difícil pues su vida corre riesgo si regresa a su país.



Sueña con llegar a Houston

Félix tiene 30 años, ha llegado desde su natal Venezuela. Ha tenido que salir de su país por cuestiones económicas, no cuentan con un trabajo que pague lo suficiente para cubrir las necesidades básicas. Tampoco puede ayudar a sus familiares.

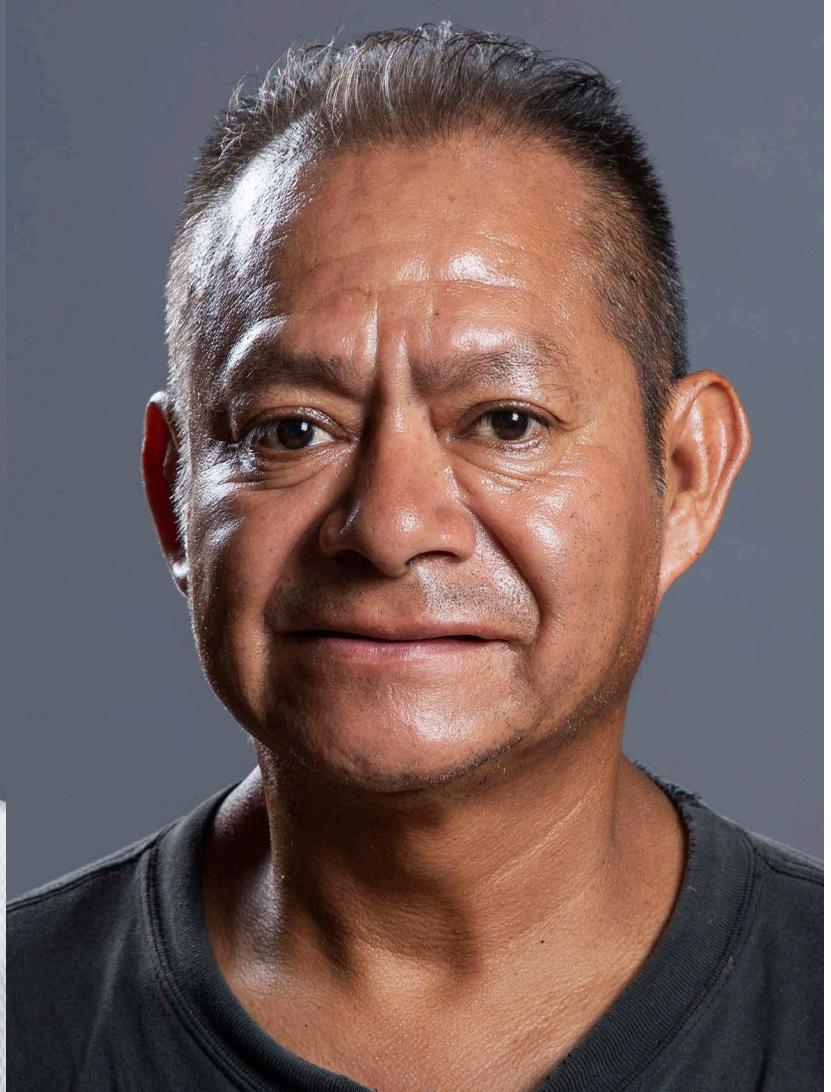
Otra de las cuestiones difíciles por las que pasan en su país es la violencia. Nadie sale después de las 8 de la noche porque la delincuencia está por todos lados. Dice que tuvo que vender una moto que tenía porque ya habían intentado robársela.

Sus padres ahora se encuentran en República Dominicana y sus hermanos en Venezuela. En Houston lo espera un tío, con quien tiene comunicación constante y hasta tiene oportunidad de llegar con trabajo.

Una de las cosas que más ha marcado su camino es que dice que llegando a México empiezan a sufrir robos, les quitan el poco dinero que traen. En el camino venía con 8 amigos. Algunos se fueron para cruzar por Ciudad Juárez, Chihuahua, otros quieren cruzar por Piedras Negras, en Coahuila.

Por ahora dice que se encuentra bien en Monterrey porque aquí hay trabajo, pueden entrar y salir de Casa INDI y eso les ha dado la oportunidad de no sentirse encerrados como cuenta que les sucedió en un albergue de la Ciudad de México.

Ya llegará el momento en el que Félix intente cruzar para ver si en esta ocasión se puede reunir con su tío.



En busca de una mejor vida

Víctor tiene 32 años y es venezolano. Allá dejó a su mamá y a su hermano. Se vio obligado a salir de su país porque participó en una protesta en la que pedían destituir al gobernante del lugar donde vivía pues las condiciones de vida eran pésimas.

No tienen agua, tampoco luz, ni gas. Lo poco que ganan tampoco alcanza ni siquiera para comer. Pero Víctor no se imaginaría lo que vendría después de la protesta.

Un día llegaron a disparar contra su casa. Eso ya lo puso en alerta y en la necesidad de ponerse a salvo. Le duele haber tenido que dejar su casa, a su madre, a su hermano.

Dice que al gobierno no le importa su gente, pero ellos como gobernantes sí tienen todos los privilegios, el dinero, la comida, todo fácil, dice que usan el discurso del bloqueo económico como un pretexto para excusarse por todo lo que no hacen. Se apoyan en la delincuencia organizada para oprimir a los que como él, no están de acuerdo con el gobierno.

Cuenta que en Venezuela los maestros están en paro desde hace 6 meses porque ganan 5 dólares y el gobierno no les quiere aumentar el salario porque les conviene tener un pueblo ignorante y oprimido.

Recuerda que en su país hay pocos vehículos, poco tránsito, porque aunque sea un país rico en petróleo, sus ciudadanos no pueden costearlo. Por todas estas cosas salió de su país dispuesto a cruzar a como pudiera abrirse paso.

Dice que en el difícil trayecto lo más sencillo que le sucedió fue cruzar la selva, lo complicado fue cruzar por México y enfrentar a la policía que les quitaba lo poco que traían.

En Venezuela se dedicaba a vender comida, sacaba alrededor de 30 dólares a la semana, una suma con la que difícilmente podía sobrevivir.

El trato que ha recibido en Casa INDI dice que ha sido extraordinario desde que llegaron. Él y su hermano, con quien ha hecho este viaje, han recibido comida, hospedaje y a cambio han colaborado en lo que se ha ofrecido.

Víctor espera cruzar a Estados Unidos y encontrarse con su hermana, quien vive allá y quien ha prometido ayudarlo.

Salió de su país en busca de una mejor vida

Luis Daniel tiene 25 años. Era estudiante de la organización para la investigación penal policial de Venezuela. Él y su esposa cursaban la misma carrera, sin embargo, tuvieron que abandonar los estudios.

Luis Daniel escuchó rumores de que lo amenazarían por el tipo de carrera que estaba estudiando y pronto se dio cuenta que era imposible quedarse porque su vida corría peligro.

Allá dejó a su mamá y a su esposa quien tiene 7 meses de embarazo. Ha mantenido una comunicación constante con ellas durante su andanza y con algunos amigos que le dan ánimo para continuar con el camino.

Esta es la primera vez que intentará cruzar la frontera, no viaja solo, viene con su padre y con dos hermanos.

Cuenta que aunque no ha tenido incidentes violentos sí se ha dado cuenta que no en todo México ha tenido las atenciones que han tenido en Casa INDI: “Me dan buen trato, todos los servicios, dormitorio, comida, habitación, baño, he tenido la oportunidad acá de estar bien y me siento agradecido con la organización que me ha brindado el apoyo”. Además, se siente orgulloso de poder colaborar en Casa INDI en las cosas que le piden.

Por lo pronto espera el tiempo necesario para cruzar, tiene planeado llegar a casa de un amigo que le ofreció alojamiento por una semana y asesorarlo para que en cuanto llegue haga un trámite que le permitiría tener una estancia legal.

Va por su tercer intento

Santos tiene 52 años y es originario de Honduras. Se vio obligado a salir de su país cuando mataron a su cuñado y empezó a recibir amenazas en su teléfono celular.

En su tierra trabajaba en el campo sembrando frijoles y maíz.

Dejó en su país a su compañera, a sus dos pequeñas y a dos hijas más grandes. Al resto de su familia no les dijo que saldría del país porque por las circunstancias quería mantenerlo en privado.

Para Santos el camino no ha sido sencillo, ni física ni emocionalmente. Al llegar a México los secuestraron junto con el grupo que venía, los mantuvieron horas encerrados preguntando si tenían familiares en Estados Unidos, para extorsionarlos, pero en el caso de Santos, no tiene a nadie. Le quitaron todo, la ropa, el poco dinero que traía.

Está muy agradecido porque en Casa INDI ha encontrado alimento, cobijo, tranquilidad y además puede ayudar en las tareas que van saliendo ahí mismo.

Este es su tercer intento, hace 4 años fue su primera vez, no pudo cruzar, el año pasado lo deportaron apenas cruzando en territorio estadounidense. Santos dice que no viaja solo, que viaja con Dios y que para él no hay imposibles.



“Casa INDI es como el cielo”

Efraín José nació hace 31 años en Venezuela, enviudó y tuvo que dejar a sus hijos con su madre y aparte tiene una niña en Colombia.

Como todos en Venezuela, salió de su país por dos motivos. Uno el económico, del que nadie escapa. Otro la persecución política que sufrió a causa de haber participado en una protesta, en la que lo atropellaron, lo golpearon y le fracturaron el pie.

Para Efraín todo el trayecto ha sido difícil porque ha tenido que enfrentarse, no solo al reto físico para el que se considera preparado, sino también para sufrir la injusticia, la violencia, la indiferencia en su camino.

En su cruce por Honduras y por Guatemala sufrió numerosas veces la extorsión, le pedían dinero para dejarlo pasar, para no detenerlo en migración, en México tampoco fue distinto, sin embargo, se topó también con que los policías los desnudaron en la entrada y nos pidieron dinero, ahí me quitaron 5 dólares.

En la selva de Panamá tuvo la oportunidad de ayudar a muchas personas a cruzar un río, que solo se podía cruzar colgándose a un mecate. Es un sitio complejo porque ahí muchas personas caen al río y se los lleva la corriente. Antes del cruce del río se encontró a una señora que tenía 3 días abandonada pero que no podía cruzar porque era grande y pesada, vio también como una mujer se lanzó al río tras el bebé que se le cayó de su cangurera. Dice que después de cruzar a tantas personas lloró durante horas.

A su paso por la Ciudad de México se detuvo a trabajar en una empresa, en la que hizo muchas horas extras, que no le pagaron. Cuenta que le dio mucha rabia que se aprovecharan de él, porque en su condición de indocumentado, no puede reclamar en instancias formales.

Cuenta que en su paso por 7 países en ninguno encontró como en México, comida a su paso, aquí encontró frutas que podía comer cuanto quisiera. Aquí también hay personas cálidas, que te ofrecen comida y ayuda.

En Casa INDI ha encontrado todo lo que necesita: “No es porque esté aquí, porque me están prestando el apoyo, ha sido el mejor trato que he recibido en estos tres meses, porque he estado en otros albergues donde el trato es cariñoso, caluroso y todo, pero aquí hay más apoyo, aquí te dan ropa, te dan comida y te dan trabajo, tu consigues los trabajos aquí, me consigo la visa humanitaria, que el lunes me reúno con la licenciada, te dan donde quedarte, aquí es como el cielo”, asegura.

Esta edición consta de 300 ejemplares y se terminó de imprimir en diciembre de 2023 en el taller de Desarrollo Litográfico, en la ciudad de Monterrey, Nuevo León.
Para los interiores se usó papel couché 130 g. y para la portada couché 300 g.
El cuidado editorial estuvo a cargo de Casa de Edición.